JUAN ARZADUN

FIN DE CONDENA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS, ORIGINAL

Copyright, by Juan Arzadun, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

FIN DE CONDENA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvége et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

FIN DE CONDENA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS

original de

JUAN ARZADUN

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 24 de Enero de 1912

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.º

Teléfono número 551

1912

A la Excma. Sra. Marquesa Viuda de Mont-Roig dedica este modesto ensayo, como homenaje de gratitud y respeto,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TERESA (20 años)	Nieves Suárez.
CARMEN (38 íd.)	Pascuala Mesa.
PEGINA (40 íd.)	Amalia Sánchez Ariño.
ALCALDE (42 íd.)	Enrique Borrás.
NENE (20 íd.)	Ricardo Puga.
FACHENDA (38 íd.)	Leovigildo Ruiz-Tatay.
ESCRIBANO (34 íd.)	José López Alonso.
JUAN (23 íd.)	Ramón Gatuellas.
MATUSALEM (60 íd.)	Constante Viñas.
TERNE (30 íd.)	Emilio Ariño.
GILÍ (40 íd.)	Ricardo Miranda.
MALASOMBRA (35 íd.)	Enrique Navarro.
CAPELLÁN (28 íd.)	Antonio Suárez.
CURDELA (34 íd.)	Enrique Cantalapiedra.
TÍO LUMBRES (50 íd.)	Pedro Granda.
LAGARTIJA (23 íd.)	Alberto Macía.
MELINDRES (20 íd.)	Julián Castillejo.
MANITAS (20 íd.)	José del Cid.
PRACTICANTE (40 íd.)	Manrique Gil.
VIGILANTE 1.º	César Borrachero.
IDEM 2.º	Juan Sáinz.

Juez, actuario, cantinera y penados

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La escena aparece dividida en dos: la derecha representa el dormitorio de un penal, en el que algunos presidiarios se dedican á limpiar y recoser sus efectos. A la izquierda una plazoleta de árboles raquíticos delante de la fachada del edificio mezquino. En el foro á la izquierda una fuente. En un banco del primer término está sentada una mujer, arrebujada en un mantón. Sólo una ventana del dormitorio da á la plaza.

ESCENA PRIMERA

FACHENDA, MANITAS, LAGARTIJA y MELINDRES

Fach. Pero, vamos á ver; ¿cómo se entiende que á las ocho de la mañana no se haiga visto entavía una escoba por el aire?

Lag. Pues hombre, ya se sabe á quien le toca.

Fach. ¿A quién?

Lag. ¡A ti!

Fach. Mira, niño; los niños bien educaos saben de memoria que á las presonas de representasión no les corresponde nunca esas menuensias.

Lag. Por mí mejor, que esté too sin barrer, aunque nos coman los bichos.

Fach. ¡Eso!... y que venga luego er vigilante y me arda á mí el pelo. ¡Ea, Manitas, á barrer!

607455

que cuando se tién esas manitas, la escoba se menea ella sola y despacha en un verbo.

Man. Yo no barro, porque no me toca.

Fach. (Amenazador.) ¿Y si yo te lo pido con muncha nesecidá?

Man. (Con sorna.) Pues na, hombre, que si tanto te empeñas le consultaremos el caso al señor Alcalde.

Fach. ¡Ya paresió aqueyo! : aquí no se pué pedir ná á naide, sin que sargan de seguía con la petenera der zeñó Arcarde... ¿Y tú, Melindres, no tendrás una mijita de consideración con las presonas de respeto?

Mel. (Irónico.) ¿Yo?... ¡si el señor Alcalde lo dispone!...

Fach. Pero, niños; ¿no sabéis otra toná más que esa?

Lag. ¡Ni ganas! Sabemos que donde está el señor Alcalde hay justicia y ca uno hace lo que debe, y ca cual atiende á su juego. ¿Te paice poco? Sabemos que con él no mandan los matones, ni él premite que los peces gordos se merienden á los chicos.

Fach. ¡Lagartija! ¡Lagartija! ¡Que te vas de la lengua!...

Lag. ¡Vaya! Nos costa que tóos los guapos le tién mucho miedo al señor Alcalde... y que nosotros vamos mu á gusto en el machito con estas cosas... y que hace un sol hermoso pa dil á pasear al patio, mientras el que le toca, ¡barre que barre!...

(Se van riendo los tres chavales.)

ESCENA II

FACHENDA; luego JUAN

Fach. ¡Mardita sea la...! ¡Tener estas agallas, y este coraje, y este corasón, y que no le sirva á uno más que pa meterse er genio en er borsillo... ¡Carma, Fachenda, carma, que yo te conosco, y con ese carázter tan súpito y tan requemao que tiés, un día te jartas y hay una juerga de las gordas en el presidio!...

(Coge la escoba y empieza á barrer de mala gana.)

No, no; ¡cármate, Fachenda! que mejores tiempos vendrán. (Viendo á Juan que acaba de entrar en el dormitorio.) ¡Viva la Pepa! ¡er novato que ha entrao ayer! ¡Esta es la mía! (Dirigiéndose á él con severidad.) Joven, me choca muncho que me esté usted viendo barrer y no sarga de estampía á quitarme la escoba de las manos...

Juan (Turbado.) Dispense usted... No sabía que...

Fach. Pase por esta vez. Toma la insinia y date de gofetás con er mardito porvo que no sé por dónde se nos cuela. (Viéndole barrer torpemente.) ¡Ajajá! un poquiyo ze nota la inesperencia; pero yo me encargo de haserte practicá y llegarás á ser un maestro, que hasta te podrás ganar la vía cuando sargas por esos mundos... ¡lo cuar que munchos se jasen poerosos barriendo... pa drento! (Se va contoneándose.)

ESCENA III

JUAN; luego ESCRIBANO

Juan, al quedarse solo, muestra la indignación que le domina; cuando se sosiega exclama suspirando:

Juan ¡Qué gentuza! ¡y yo que creía que aquí enseñaban á los malos á ser buenos!

(Entra el Escribano, que se va derecho á la ventana.)

Esc. Aun no ha venido esa maldita: pues ya debe ser la hora. Calla, allí se ve una mujer en aquel banco; pero no es la Pegina, ni parece de por acá... (Se ve envuelto en una nube de polvo.) ¡Juy qué polvareda! Esto es barrer con alma. Como que es el novato de ayer. Ya me parecía á mí que no era ninguno de la comunidad. Aquí no se gastan esos bríos. (A Juan, con tono compasivo.) ¿Qué tal, novatillo? ¿Ya te han pescao pa darle á la escoba?

Juan (Resignado.) Sí, señor; parece que aquí guardan el polvo para que le dé aire el último que llega.

Esc. Lo que me parece á mí es que no te das

mucha maña. No has debido practicar mucho este oficio: ¿qué eras tú?

Juan Yo, escribiente.

Esc. (Entusiasmado.) ¿De verdad? Llovido del cielo vienes para ayudarme. Oye, ¿sabes muchas formas de letra?

Juan ¡Pshe! española, inglesa, gótica, de adorno..

Esc. Yo digo si sabrás escribir como muchas personas distintas.

Juan No entiendo.

Esc. Si eres capaz de figurar que en la misma carta escriben; un fraile, dos monjas, la niña, el médico... y hacerla tú solo.

Juan Un poco difícil debe ser eso.

Esc. Pronto lo aprenderás, que yo te daré la receta. Y á cambio de lo que luego me vas á ayudar tú, voy á ayudarte yo ahora. Escucha bien; cuando te quieran endilgar algún quehacer que no te corresponda, no tienes, para dejarles colgaos, más que decir estas palabras:—Si á usted le parece, se lo preguntaremos al señor Alcalde.

Juan (Escamado.) ¿Y qué pasa entonces?

Esc. ¿Que qué pasa? Pues lo vas á ver ahora mismo. Yo me voy al patio y mandaré por acá al Fachenda, que es al que le toca barrer; en cuanto llegue se lo largas y te enterarás del favorcito que me debes. (Sale.)

ESCENA IV

JUAN; luego FACHENDA

Juan ¿Qué demonios de líos se traen éstos? ¡Ay, pobre Juan, en donde te has metido! (Con aire sombrío y resuelto.) Bien hecho estuvo; no me pesa.

Fach. ¿Se pué sabel qué duda en el servicio se le ha ocurrido al prensipiante?

Juan (Con embarazo.) Pues, nada... que estaba yo pensando que... si me tocaría á mí, de verdá, manejar la escoba.

Fach. Niño, niño; los novatos no deben preocuparse de esas cosas, ni tener esas cavilasiones.

Juan Es que... verá usté... se me ha ocurrido... sólo por el gusto de saberlo... ¿no sería mejor preguntárselo al señor Alcalde?

Fach. (Sobrecogido y furioso.) ¡Mardita sea la...! (Arrancándole la escoba.) Lárgate de aquí, si no quieres que te la rompa en las costillas! ¡so arrastrao! (Juan se va tan contento como sorprendido.) ¡Qué pronto se lo han soplao! ¡Nà, ni con er más novato pué uno atreverse, ni jasel cosa de provecho! (Barriendo de mala gana.) Eso, y tóo er mundo ar sol en er patio, y er Fachenda bailando con la más fea. ¡Al cuerno la escopeta! (Tirando la escoba á un rincón.) ¡Y que se chinche el Alcalde! (Sale arrogante.)

ESCENA V

PEGINA y TERESA

La Pegina, que ha entrado en la plaza con una cesta de peces, pregona á grito herido su mercancía, acercándose á la ventana para que la oigan desde dentro

Peg. ¿Quién compra peces? No está ése entavía. Anda ¿y quién será aquella que parece adormilá y tié trazas de llevar aquí un güen rato? No, pues de por acá no es. Y yo no me queo con la curiosidá en el cuerpo. (A ella.) Oye, ¿tú también vienes por acá, á llenar la puchera con eso de los timos?

Ter. No sé qué cosas son las que me mientas.

Peg. ¿Tienes algún hombre ahí adrento? (Teresa asiente con un gesto.) ¿Padre? ¿Marido? ¿Hermano?

Ter. Mi novio ha entrado ayer.

Peg. ¿Trae cuenta larga?

Ter. Seis años.

Peg. No es mucho pa lo que se estila; ¿pero qué vas á hacer tú, enfeliz, en esos seis años?

Ter. Esperarle.

Peg. Mucho tiempo es; pero, en fin, espérale en el pueblo.

Ter. Está muy lejos y yo quiero vivir para él, para consolarle, pa que no se canse de vivir si no me ve.

Peg. ¿Y qué dirá tu gente? Perderás la fama.

Ter. Por guardarla ha perdido él la suya.

Peg. A ver, hija, me has dao curiosidad. Cuéntame eso.

Ter. Pues mire usted; él era escribiente y yo modista; me miraba y yo no le hacía mucho caso, ¡me miraban tantos! Un señorito de lo principal entre ellos. Aquel no se contentaba con mirar. Me perseguía y rabioso al ver que era en balde, fué diciendo... diciendo... Este lo supo y me dijo un día:—Mira, Teresa, el hijo de don Nicanor anda contando lo que no es.—Se me encendió la cara.—¡Por la Pilarica te juro...!—No digas más, ¡es un granuja! Se vale de que no tienes padre, ni hermano. Si yo fuera algo para ti; si tuviese por qué sacar la cara sin que se riese la gente, yo le taparía la boca.—A quien defienda mi honra le daré yo la vida.—¡Como loco se puso de contento!—Esta noche asómate y no grites, veas lo que veas.—¡Ay! ¡no fué aquello serenata de guitarros! Les ví á los dos que hablaban al pie de mi ventana. Mi Juan le decía al otro, sin levantar la voz, que aquellas mentiras que contaba de una pobre eran una infamia, y que tenía que negar lo dicho y tragarse las palabras. El señorito se subió á la parra y le llamó infeliz y qué sé yo qué más...

Peg. Claro, buenos humos que gastaría el hombre.

Ter. Mi Juan, sosegao, como si estuviera de palique con un amigo; y duro, y firme, que se tenía que volver atrás, y que yo era una santa: ¡como un ángel hablaba! sin reñir con conciencia. El otro, que si quieres, tan bravucón que parecía que se iba á tragar al mundo. Entonces mi Juan sacó dos navajas, le dió la más larga y gritó:—Teresa, ¡tú y Dios testigos!—¡Qué miedo! Se embistieron como fieras: á poco uno cayó redondo. No sé cómo me encontré en la calle... el vivo era mi Juan... Le besé en la cara y se me entró sangre suya en la boca: desde entonces aquí la tengo; (Señalando la boca.) aquí y aquí. (Señala al corazón.) Le prendieron... Yo

declaré todo, la verdad; pero no le valió. A los señores, cuando se pelean por cosas tocantes á la honra, no les hacen nada, pase lo que pase. El mío ahí está, en presidio por defender mi fama. . Pues por él la daré gustosa... Donde él me vea todos los días y sepa que estoy para cuidarlo, allí estaré.

Peg. ¡Pobre mozuca! á malos sitios llegas; pero tóo se pué hacer cuando se quiere y por quien se quiere. Yo tengo conocidos ahí drento. ¿Tú quedrás velo? Lo verás; le hablarás á tu gusto y luego, pa que no tengas que hacer estas guardias en estos sitios, éntrate de niñera en ca el director que anda buscando una.

Ter. ¿Me tomará si sabe que tengo el novio ahí dentro?

Peg. Mejor, así estarás más segura y les cuidarás más á los chicos.

Ter. ¿Y podré hacer algo por mi Juan?

Peg. ¡Anda! más valdrá tu recomendación que la del menistro, que aquel está lejos y tú estarás siempre á la vera dale que te pego. Aguarda un poco. (Acercándose á la ventana.) ¿Quién compra peces?

ESCENA VI

DICHOS y ESCRIBANO; luego MELINDRES

Esc. ¿Ya estás ahí, mala pécora? ¿Qué me traes?

Peg. El papel timbrao del fraile y el retrato de la niña en traje de primera comunión. Escucha, ¿conoces á uno que entró ayer? Juan se llama.

Esc. Sí; le he hablado hace poco: buen muchacho parece, aunque algo simplón.

Peg. Haz que salga á por agua. Está aquí su novia ¡más chaláa!...

Esc. Ahora mismo le echaré para fuera. (Yendo á la puerta.) Oye tú, Melindres, salte al patio y dile al novato de ayer que vaya á por agua. (A la Pegina.) Ya le he mandado decir que salga. (A Melindres que aparece en la puerta.) ¿Eh? ¿qué ha dicho?

Mel. Dice que mejor será consultarlo con el señor Alcalde...

Esc. ¡Al maestro cuchillada! Mira, dile que mando yo que salga á escape y luego que se queje al nuncio... si le quedan ganas de hacerlo. (A Pegina) Deseguida sale. Adiós.

Peg. (A Teresa.) Ahora mismito va á salir: irá con una cuba á por agua á esa fuente. Te doy esta seña, porque si no pué que no le conocieras.

Ter. ¡Aunque le vistan de máscara...! Aunque estuviese ciega le conocería si pasase cerca..

Peg. ¡Eso es querer! Mira, luego vendré por ti pa llevarte en cá el director pa que te tome de niñera. Aguarda aquí mismito (Vase.)

ESCENA VII

TERESA y JUAN. Este sale malhumorado con una cuba al hombro

Ter. ¡Juan!

Juan ¡Teresa! ¡Tú aquí!

Ter. Sí: aquí me tienes... En cuanto supe que te traían tomé el tren. Debí llegar pocas horas después que tú. En ese banco me ha amanecido esperándote: una voz me decía: ¡ya saldrá! ¡ya saldrá!...

Juan Pero tú no puedes seguir aquí. ¿Qué dirán en el pueblo?

Ter. Que digan lo que quieran... No tengo padres ni hermanos; donde tú estés, está mi vida, ¡lo único que yo quiero en el mundo!...

Juan Pero ¿tu fama?

Ter. ¡Déjame darla por el que perdió la suya en mi defensa!...

Juan (Con agitación.) ¡No! no puedo consentir lo que dices... Tienes que volverte allá y esperarme... si no prefieres olvidar á este enterrado en vida.

Ter. No lo digas ni en broma. ¡Sería la última de las mujeres! Y además, aunque no fuera obligación, lo haría por gusto. ¿Sabes? ¡Está aquello tan triste y tan frío desde que tú faltas!

Juan ¡Alma mía!; pero ¿qué vas á hacer aquí?

Ter. No tengas cuidao; sé que en casa del direc-

tor hace falta una niñera: yo lo seré, ¡aunque sea por nada! ¡aunque me maten de hambre! Así estaré cerca de ti, te veré á menudo. Serviré tan bien, que niños y viejos me querrán en la casa: yo les contaré cuentos á los nenes, les cuidaré bien á los señores, porque necesito que me tomen cariño y me hagan caso cuando les hable de ti. Yo les diré que tú eres bueno; que no mataste en riña, sino defendiéndote en desafío por guardar mi honra de las calumnias de un mal hombre... Yo haré que te saquen de ahí dentro... ¿Cómo estás entre esa gente?

Juan (Suspirando.) ¡Me parece un mal sueño!... Verme en ese patio, entre el ir y venir de tantos hombres pálidos, color de tierra el traje, color de tierra el rostro, de mirada traidora... ¡Si los vieras! Pasean solos, sin hablarse; vienen y van en corto trecho, como fieras enjauladas, y con paso vivo, como si tuvieran prisa por llegar á alguna parte... Luego, á cada instante, lenguaraces que disputan y matones que amenazan .. Al mirar apuñalan con los ojos... Todos han olfateao la sangre humana...: por cada uno de los que estamos ahí se pudre bajo tierra un hombre...

Ter. ¡Qué horror! Yo te sacaré de entre esos.

Juan (Risueño.) ¡Bah! no hagas caso: desde que te he visto, ahora que sé que estás cerca de mí, parezco otro: ni los matones me espantan, ni el penal me repugna, ni el tiempo me parece largo. ¡Bonica mía! seis años se irán en un vuelo, con tal que cada mañana me des luz y calor para todo el día con verte desde lejos.

Ter. Y desde cerca también, tontín: verás qué maña me doy para que salgas de escribiente, ó de cocinero, ó á ayudarme á cepillar la ropa... (Asoman dos vigilantes, que al ver á Juan gritan desde la puerta.) ¡A ver ese! ¡Volando pa dentro! ¡Vaya un vivo! ¡Pues no se ha venido mal acompañao!...

Juan (A Teresa.) No te vayas tan pronto. Mira, desde aquella ventana puedo verte si te aguardas un rato todavía. (Entra en el penal entre manoteos y reconvenciones de los vigilantes.)

ESCENA VIII

En el dormitorio, donde han estado entrando y saliendo penados, que no hablan, aparecen reunidos arreglando sus trebejos GILÍ, MALASOMBRA, TÍO LUMBRES y MANITAS: entra el NENE riéndose á carcajadas

Nene ¡Le tengo frito al Fachenda! Dende que quiso cabrearme y el Alcalde le pintó aquel jabeque de oreja á oreja, le tié un miedo que con decir que es de su parte, le hago andar de coronilla... Ahora va á venir, porque le he dicho que el Alcalde le manda barrer, que á él le toca y se lo ha largao á un novato... ¡Ha echao por aquella boca!... Parecía que se iba á tragar al mundo. Pero él vendrá, porque es de ley. ¡Ya veréis cómo viene!... ¿No lo he dicho? Ahí está.

Fach. (Magnánimo por fuerza.) Vamos á dar el ejemplo á estos chavalillos, de cómo cumple un hombre con su obligasión. Naide tendrá que desir que er dormitorio está asín ó asao cuando le toca ar Mengue cuidarlo... (Con tono feroz.) ¡Venga una escoba! (Manitas se precipita aterrorizado, y cuando va á entregarla, se interpone el Nene, diciéndole con sorna:)

Nene Pero oye tú, Manitas, ¿te se figura á ti que un hombre tan cabal como el señor, que quiere darnos una lección á todos los chavalillos, necesita que tú le traigas el instrumento? ¡Ni que va á consentir que le sirvan como á un cabayero que trabaja por afición! Deja la escoba en su sitio, que el señor Fachenda sabe andar solo.

Fach. (Tascando el freno.) ¡Ay, niño, niño!... el día que se rompa el cordel que te levanta... ¡cuántas cosas te diré yo al oído!

Nene (Con fingido temor.) Señor Fachenda, ¡que tiene usted un modo de decir las cosas, que me da mucho miedo! (El Fachenda barre suspirando.) ¡Ea, chavales, fijarse, que ahora empieza la lección! ¡Olé! ¡Y eso es barrer y lo demás son músicas! ¡Olé! ¡Eso se llama manejar la escoba con elegancia!

Man. (Aparte.) Nene, que tiras demasiao de la cuerda. . ¡Que ese hombre es mu malo!

Nene (Aparte.) ¡Anda y que trague veneno! ¡Pues apenas da gusto tener debajo del pie á un matamoros! (Vase, después de tirar la colilla delante del Fachenda.)

ESCENA IX

DICHOS y JUAN

Este al entrar se dirige con disimulo á la ventana y empieza á hacer señas amorosas á Teresa. El Fachenda, que barre melancólicamente, se acerca al rincón de la ventana, y viendo al novato en tal faena, quiere aprovechar la ocasión para distraer á todos y dejar la escoba

Fach. ¡De chipén!... ¡Er niño es corto de genio!... ¡Tiene muchisma grasia! Los demás aquí, trabajando como negros, y él de palique con una güena mosa... ¡Así da gusto la vía! (Le quita de un empellón de la ventana y la ocupa en su lugar.) ¡Y que es una hembra de mistó! ¡De esas no se diquelan por acá! (Teresa al ver sus muecas grotescas se oculta el rostro entre las manos.)

Juan ¡A esa mujer no la mira usted á la cara!

Fach. Pues ¿aonde quieres que la mire? (A Teresa.) ¡Vaya un capuyo de rosa! ¡No te tapes la cariya, resalá! ¡Juy! ¡qué jechuras! ¡A presidio te habían de traer y ponerme a mí de carselero!...

Juan (Fuera de sí, escapándose de las manos de los que le sujetan.) ¡Usted se sale de ahí y se calla!

Ter. ¡Dios mío! ¡Parece que disputan!... (Procura ver lo que pasa dentro, llena de inquietud.)

Fach. (Bravucón.) ¡De buten! Los pájaros les tiran á las escopetas. (Saca una enorme navaja y se pone á picar una tagarnina: los demás penados, atraídos por la curiosidad, forman círculo alrededor.) ¿Sabes tú lo que hago yo con los niños crúos?

Juan ¡Sé que soy el más pacífico de los hombres, y he matao á uno por ella!

Fach. No mates más; quita el pistón. Pues mira, ¿sabes lo que te digo? que tú ya te has divertío bastante, y ahora me toca á mí... Yo

voy á pelar la pava con la gachí, y tú con esta escoba te plantas en esa esquina. pa toser si viene un vigilante...

Juan (Coge la escoba por debajo y grita furioso:) ¡Con esta escoba voy á barrerte yo del mundo, con toda tu navaja y todo tu coraje, si vuelves á mirar otra vez á la que está allá fuera!

Ter. ¡Virgen del Pilar! ¿Le harán algo malo? ¡Defiéndele tú, Madre mía!...

ESCENA X

DICHOS y el ALCALDE

Este, que se ha acercado sigilosamente, entra en el círculo, el cual se ensancha respetuosamente á su aparición

Alc. Muy bien dicho; así habla un hombre. ¿Es tu hermana?

Juan Es mi novia.

Alc. ¿Y te ha seguido hasta aquí? ¡Suerte es la tuya!

Juan Maté á un señorito que dijo lo que no era, y mataré á quien se ponga entre los dos.

Alc. Tuyo es el puesto, que bien caro lo pagas. ¿Qué es esto, Fachenda? ¿volvemos á las andadas? ¿No te he dicho mil veces que aquí no hay matones?

Fach. (Acobardado.) ¡Groma! ¡Pura groma! Ya sabe usted lo tentao á la risa que soy siempre, y como er novatillo es puntiyoso... naá, que nos reíamos tirándole de la lengua. Pero si hubiera sabío que ar Arcarde...

Alc. ¡Al señor Alcalde!

Fach. (Con apresuramiento servil.) ¡Ezo! Ar zeñó Arcarde le parecía mal...

Alc. (Pensando, en voz alta.) Hoy nada me parece mal. Dentro de un año justo ¡libre!... Convido á todos á celebrar la fiesta. (A Juan.) A todos menos á ti. ¿Qué fiesta hay que valga lo que la tuya? Llámala, y si alguien se atreve á molestarte, dile que el Alcalde es tu amigo. Mira si eres afortunao; tienes el amor de una mujer y la amistad de un

hombre... ¡Cuántos por esos mundos no encuentran otro tanto!...

Juan ¡Gracias! ¡Mil gracias, señor Alcalde! (Hace señas llamando á Teresa.)

Ter. ¡Me llama! ¡Qué alegría! (Corre á la ventana.)

Alc. Vámonos todos... (Al Fachenda.) Todos menos tú, (Remedándole.) que te quedarás en esa esquina pa guardarle las espaldas y toser si viene un vigilante. . (Contempla á los novios con emoción.) ¡Eso faltaba aquí! ¡Ya sois reja de enamoraos, hierros del presidio! ¡Así han querido nuestras madres! ¡Muchachos, fuera gorras! ¡Presenten armas, Fachenda! Y... ¡á la cantina! que hoy nadie paga más que yo.

Lag. ¡Viva el señor Alcalde!

Todos ¡Viva!

Alc. ¡Viva... *eso!* (Señalando á los novios.)

(Desfilan agitando las gorras, mientras Fachenda presenta la escoba con cómico furor, y los dos amantes charlan embebecidos.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La escena representa la cantina del penal

ESCENA PRIMERA

Grupos de bebedores delante del mostrador de la cantina. El que forma el TERNE con GILÍ, MALASOMBRA, MANITAS y LAJARTIJA están á la izquierda: la derecha platican, sin escucharles, ALCALDE, ESCRIBANO y TÍO LUMBBES

Terne ¡Ea, muchachos, á la salú del señor Alcalde y porque el año que le quea se le pase volando! (Beben todos y el Alcalde da las gracias con gesto de afable superioridad.)

Gilí (Aparte en el grupo de la izquierda.) Ahora, que se ande con ojo para librarse de malas ocasiones, porque mía tú si tendría poco gracia que, por una pinchadita, le saliera un empalme.

Mal. Y más facil en él, que es de los que dan siempre la cara.

Gilí ¡Tiene unas agallas!... mejorando lo presente.

Terne Verdá es que yeva los carsones mu apretaos y mu en su punto; pero ya veréis cómo amaina de aquí p'alante.

Gilí Esa no falla, que á los más templaos les entra su miaja de canguelo cuando van cayendo los últimos meses.

Mal. ¡Ojalay! Así nos dejarían en paz los chavales que ahora nos chinchan con la tabarra.—¡Que se lo digo al señor Alcalde!...

Terne ¡Vaya, que er tal señorío lo tengo yo aquí atravesao, y no lo pueo pasar!

Mal. ¡Qué güeno estaría dejarnos ya de esas lilailas!

Gilí ¡Hum! ¡hum! mía tú que tié unas pulgas...

Mal. ¡Pues ahí está el chiste!... y ¿pa cuándo son los hombres?

Terne Fijarse luego y veréis qué bonitamente le quito el título.

Mal. ¿De verdá? ¡Eso sería guapeza!

Gilí ¿Van tres copas á que no?

Terne ¡Van! ¿Qué te has creído tú? Dejarme á mí, que primero voy á darles palique. Oye, Escribano, dise éste que tú estás aquí por equivocasión.

Esc. Y pué que no se equivoque. Yo estoy aquí por haber hecho lo que me mandaban.

Gilí ¿Na más?

Esc. Na más. El escribano de quien fuí primer dependiente decía que yo era su mano derecha. El maldito siempre estaba con la matraca:—¡Haz lo que yo!... ¡Imítame á mí!—Yo le imité... ¡hasta la firma!, y lo hice tan bien que lo tomaron á mal... Y aquí me tenéis.

Gilí Ya se conoce que eres hombre de estudios.

Terne Y bien que te sirven pa ponerles á los curas esas cartitas con que les sacas hasta la enjundia.

Esc. Verdá es que cuatro latines me han valido muchas perras. ¡Psh! otros hay que con más latines se mueren de hambre, porque no los saben aprovechar.

Terne (Con vacilación y timidez.) ¿Y es cierto que usté ha sido... alcalde de veras?

Mal. (Aparte.) ¡Bien va! ¡Bien va!

Alc. (Con melancolía.) Cierto es, y apenas tenía la edad justa. ¡Maldita vara! Vinieron unas elecciones y se acabó la paz: que el juez... que el diputao... que el gobernador... todos andábamos locos. Empezaron á correr infundios; que éramos unos granujas... que yo estaba vendido... Me soliviantaron á la gente y decían que me iban á matar. Cuando llegó el día fué una revolución. El pueblo entero, arrastrao por cuatro pillos, vino á asaltar mi casa. Mi mujer lloraba: ¡escápate! ¡escápate!—¡El alcalde no se escapa! Cogí el trabuco y barrí la calle... ¡Que fué una barbaridá!... ¡que cargué hasta la boca!... ¿fué mía la culpa?... ¡yo no busqué á ninguno y ellos querían arrastrarme!... ¿Si me importaba mucho que saliera diputao el uno ó el otro? A mí, ni pizca. Pero yo era el alcalde y estaba en mi puesto. Si hubiera que empezar cien veces, cien veces haría lo mismo.

Terne Bien hecho estuvo: lo primero es ser hombre. Vaya, compañeros, andando á nuestras cosas. Y va de despedida. (Tembloroso.) Porque tenga salú... y perras... y humor pa convidarnos con ellas... el... Al... (Con voz ahogada.) el señor Alcalde... (Despedida afectuosa, aunque protectora. Gilí y Malasombra van burlándose del Terne, que les contesta en voz baja:) ¡Ne he podío! ¡no he podío!

ESCENA II

ALCALDE y ESCRIBANO

Esc. Vaya, á tu salud y porque el último año te parezca un cuarto de hora.

Alc. ¡Estoy contento! ¡estoy contento! ¡Enamorao como un mozo de veinte años!... ¡Volver á vivir!... ¡Volver á la vida de antes, con mi santa que cuenta las horas!... Siempre empeñada en venir á verme, pero yo no quiero que me vea así...

Esc. Ya poco falta...

Alc. Solo una cosa me da pena.

Esc. ¿Cuál?

Alc. Dejarle aquí al Nene.

Esc. Como á hijo le tratas y, la verdad, no te alabo el gusto. No entran aquí angelitos del cielo; pero demonios tan malos como ése son garbanzos de á libra... ¡afortunadamente!

Alc. Es travieso, eso sí; no puede estar sin tomar el pelo á alguno; se vuelve loco por hacer rabiar á la gente y no sabe hablar dos palabras con formalidad; pero en el fondo es bueno.

Esc. ¡Será tan en el fondo que solo tú lo notes! Si el condenao es capaz de comprometer á un santo... Mira y á quién se lo digo. Por defender sus socaliñas de granuja tuviste aquella gorda con el Fachenda... El se ganó el chirlo que le cruza la cara; tú perdiste el indulto... ¡ya estarías en la calle!

Alc. Verdad es; pero ¿qué sabía el rapaz?

Esc. ¿El Nene? Bastante le importa á él todo lo malo que les pase á los demás. ¡Al revés, hombre, gozando! Pero, ¿tú no sabes por qué vino aquí? ¡Si debió ir al palo y se libró por la edad! (Con horror.) Emborrachar á un lazarillo, ofrecerse para guiar al ciego; ponerle al borde del torrente y decirle:—¡Salta!... presenciar, riendo á carcajadas, aquel salto y verle ahogarse, en frío, sin acudir en su socorro... ¡es maldad que raya en locura!

Alc. Dudosos anduvieron los médicos. Sí, es verdad, que hay días en que yo mismo le encuentro venas de loco. Cuando da una broma de las malas, se ríe de un modo!...

Esc. Pues mira, por tu bien: tú ahora necesitas tranquilidad y evitar pendencias. Ese botafuegos te pondrá en mil compromisos. Tírale de la cuerda, y sobre todo ¡apártate de él!

Alc. ¡No podría! Tú no sabes... mira: yo tenía un un hijo de su misma edad... ¡déjame creer que de su misma cara! El día amargo en que llegó la noticia de que se había muerto llamándome, entró el Nene aquí... A mí se

me metió en la cabeza que era aquél que, cansado de llamarme en balde, venía á padecer conmigo..

Esc. No, desecha esa idea; en ruin lugar has puesto tu cariño. ¡Tiene el alma torcida!

Alc. ¡Bah! no es suya toda la culpa; pobre golfillo abandonao, con hambre y frío y sin cariño ni pan... Muchas espinas serían hojas si la planta hallase en la tierra lo que necesita.

Esc. Pues á ese árbol de miseria se le han vuelto espinas todas las hojas. En fin, sarna con gusto... ¡allá tú! (Llamando á Matusalém que pasa.) Matusalém, aquí te esperan un vaso y un amigo: ¿quién resiste á tanto? Yo me largo, porque tengo que escribir á un curita que está al caer. Adiós, Alcalde, lo dicho.

Alc. Sabes que te se estima.

ESCENA III

ALCALDE y MATUSALÉM

Mat. ¿Qué buenos vientos corren?

Alc. Yo soy el que convida, porque ¿sabes tú? de hoy en un año..

Mat. ¡Ah! vamos, que te faltan para cumplir solo doce meses... A mí me faltan veinte y tantos años: casi lo mismo, cuestión de genio y de paciencia. (Bebe.) ¡Pshi Si ahora se abrieran esas puertas, ¿adónde iría yo que tuviese menos cuidaos? (Enciende un cigarro.) ¿Entras en el último año? Pues, mira, no sé si darte la enhorabuena. .. ó el pésame.

Alc. ¡Qué cosas tienes!

Mat. No, no creas que todo es gana de hablar. ¡He conocido á tantos que me han convidao por esto mismo... y se han quedao á vivir! (Con misterio.) Mira tú, el último año es largo ¡largo como un siglo! llueven las ocasiones y las quimeras...

Alc. (Con ansiedad.) Pero ¿es verdad lo que me dices? ¿Crees tú que los demás...? ¿lo harán á propósito?

Mat. Yo creo que sí. En primer lugar les entra la envidia de que otros se vayan. Luego, como saben que uno no quiere reñir, los más achicaos hombrean y provocan...

Alc. (Entre espantado y colérico.) ¿Lo harán por venganza los muy cobardes?

Mat. ¡Qué plato de gusto para ellos ver medroso al que les haya hecho temblar! (Con aire sombrío.) A mí me pincharon... me pincharon: al fin pinché, y aquí estoy.

Alc. No, no, ¡todo menos eso! Por ella, por mi Carmen, lo aguantaré todo. Quise ser alcalde de veras y me veo en presidio y á ella, la pobre, sin honra ni pan. No vale ser de una pieza: hay que doblarse como las cañas, cuando pasa el viento... ¡Un año es un año! ¡Aguantaremos!... ¡aguantaremos! Hay que bajar la cabeza. Cuando no quiera ver lo que me irrita, diré por bajo: «¡Mi Carmen! ¡Mi Carmen me espera!»

Mat. (Con lástima.) Te compadezco, porque te vas á volver muy mandria... y aun así, ¿quién sabe? (Se va.)

(El Alcalde paga á la Cantinera, que cierra la cantina. Aquél muestra profunda preocupación cuando entra el Nene.)

ESCENA IV

ALCALDE y NENE

Nene (Enardecido y colérico.) Padre, hay que darle una buena somanta al Fachenda.

Alc. (Estremeciéndose.) ¿Qué dices?

Nene Está furioso por lo de enantes... Y algo le pasa, algo tiene que, pa mí, no es el miedo de todos los días... A una de mis cuchufletas ha respondido en un tonillo amenazador que no le conocía.

Alc. No debes marearle tanto con tus guasas.

Nene (Curioso y sorprendido.) Me ha dicho que á cada valiente le llega su cuarto de hora... y que él tiene cuentas que arreglar contigo, y que pagará lo que debe con propina... Debe ser

por lo del chirlo... Pero ¿no te da rabia? ¡Vamos! ¡vamos á hacerle cantar y á sacarle del cuerpo lo que tiene dentro...!

Alc. ¡Calma! ¡calma! Tengo que reñirte. Me dicen que tus burlas vuelven locos á los matones y sacan de sus casillas á los más pacíficos. ¡No cuentes conmigo para tus trapacerías! ¡No necesita demonios este infierno!

Nene ¡Nunca me hablaste así!

Alc. Tienes razón; ¡estoy saltando' Oye, hijo mío; para mí empiezan malos tiempos. Este año último va á ser duro y amargo. ¡Tengo miedo! á ti te lo puedo decir; miedo de que, por una pendencia, me salga un empalme... ¡miedo de seguir aquí! Por eso te pido que no me armes cuestiones ni trifulcas; ¡quiero paz, paz y que nadie se acuerde de mí para nada!

Nene (Aparte.) (¡Buena burra hemos comprao!) De móo y manera que cuando el Fachenda, que está que hirve, me siente las costuras...

Alc. ¡No le persigas! ¡no le atormentes! ¡Déjale! ¡Déjale en paz!

Nene Entiendo, entiendo. Que tú estás por las buenas y quieres tranquilidá. ¡No está mala tranquilidá la que te van á dar en cuanto se güelan el cambio! (Entre desdeñoso y colérico.) ¡Se obedecerá! ¡Que cada palo aguante su vela!... Vaya, adiós, que aquí viene uno que no quiero echarme á la cara, por si se le antoja cobrarse los atrasos... ¡Adiós, papá! (Vase.)

ESCENA V

ALCALDE, FACHENDA y MANITAS

Estos entran disputando entre protestas y empellones

Man. Le digo á usted que á mí no me toca mondar las patatas.

Fach. (Con sorna.) Pero tú, chaval, lo haces con gusto, pa queste cura no se manche las manos con la hortaliza.

Man. ¡Pues no me da la gana!

Fach. (Dándole un empellón.) ¿Qué moditos son esos?

Man. (Ve al Alcalde y se precipita á su encuentro.) Señor Alcalde, vea usté si esto debe ser. A este hombre le toca pelar las patatas...

Alc. (Con sonrisa forzada.) ¿Y quiere que las peles tú?...

Fach. (Atemorizado.) Ya ve usté, señor Alcalde, gromas sin malicia, líos que inventa uno por matar el tiempo.

Alc. Pero, ¿no ves, mocete, que esas son cosas de toda la vida? Y luego ¿á qué me venís á mí con cuentos? ¿Soy yo alguna autoridad? ¡Dejadme en paz de historias, que cada cual tiene bastante con las suyas!

Fach. (Sorprendido y creciéndose por grados.) Eso es ponerse en razón y hablar como es debío. Tié muchísima razón el... el Arcalde. ¿Qué tié él que ver en mis cosas? (Dando un empellón á Manitas.) Ni ¿quién te ha dao premiso pa contar á naide mis custiones? ¡A naide... y menos entavía ar Arcarde! (Acercándose con desenfado al Alcalde, que mira al suelo y sonríe vagamente.) Nosotros semos amigos de siempre. ¡No faltaba más! Que hemos tenido nuestras broncas; ¿y quién no las tiene? Una mu gorda se queó escrita aquí... (Señalando su cicatriz.) otras que tengamos (Con vaga amenaza.) se escribirán en otra parte. ¡Vaya osté á sabé en cuál, ni cuándo!... (Con ira concentrada y franca amenaza.) ¡A lo mejor en tu cara! ¡Quiziás esta noche!...

Alc. (Echándolo á broma.) Ja, ja! ¡Vamos, que hoy estás de un humor!... ¡Cualquiera que te oiga!..!

Fach. (Calmado, pero con superioridad.) Tiés razón, hombre; si semos amigos... ¡amigos hasta la pared de enfrente, aunque nos quieran comprometer er Nene y estos chavalillos asaúras!... ¡Mardita sea la!... ¡Anda p'alante y á pelar un monte de patatas!... (Se va dándole empujones.)

Alc. (Aterrado.) ¿Me iré volviendo mandria?... (El Alcalde muestra impulsos de castigar el atrevimiento del Fachenda: un sentimiento nuevo le detiene.) ¿Yo aguanto estas cosas? ¿Dejaré á ese bruto

atropellar á un infeliz? (Abatido.) Calma, calma. Sangre que me sales á la cara, ¡no me ciegues! ¡Mi Carmen, mi Carmen que me esperas... dame valor para no ser ya valiente!... (Con ira y asombro de su debilidad.) ¿Me he volviendo mandria? (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La escena representa un rincón del patio del penal, bañado por el sol. Por el fondo se ve pasear á los penados solos, girando en corto trecho, con paso vivo. A la izquierda, en primer término, el Curdela duerme boca arriba, con la cabeza apoyada en una piedra. En el centro Gilí y Malasombra escuchan al Escribano que dicta á Juan una carta: sirve de escritorio una tabla sobre las espaldas de un voluntario. A la derecha el tío Lumbres hace calceta; en segundo término un grupo juega al monte. En el fondo un balcón corrido, donde hay unos cuantos leyendo periódicos en variadas posturas.

ESCENA PRIMERA

Man. ¡Juy, qué sol más rico!

Mal. ¡Y en tan güena compañía se dise, panoli!

Gilí Y mucho me choca que te hayas librao tan trempano de las labores domésticas.

Mal. Porque ya te habrás enterao, de que ahora no vale dirle con el cuento (Fingiendo la voz.) al señor Alcalde.

Man. (Con humildad.) Ya lo hemos dejao tóo arreglao y relusiente, lo cual que se pué ver si ustées gustan.

Gilí (Protector.) Güeno, güenc; un día es un día y no hay tirar tanto de la cuerda.

Mal. ¡Ea, á jartarse de zol, que por hoy se premite.

Lum. ¡Ridiez! se me acabó la lana y tengo entavía la media mediá.

Man. ¿Qué te pasa, tío Lumbres?

Lum. Pus na, que se me finiquitó el ovillo y me falta media media. No, pues yo no me queo ansina; anguno que las tenga me las tendrá que emprestar, anque no quiera. Calla, ¡si está allí el Curdela durmiendo el vino de la tarde! A ese le voy yo á arramplar una de las que tié puestas.

Man. (Interesado é incrédulo.) ¿Qué vas tú á quitar?

Lum. ¿Cuánto te apuestas á que sí?

Man. Un rial que me debe Melindres, que se lo he ganao á las chapas.

Lum. Va; fíjate. (Se arrodilla delante del Curdela, le suelta la alpargata, deshace un punto de la media, y ovilla la lana con la mayor destreza. Al terminar la operación el tío Lumbres vuelve sosegadamente á su puesto, mientras Manitas exclama maravillado:)

Man. ¡El demonio del viejo! ¡Lo que se deprende en esta iscuela!

ESCENA II

DICHOS y LAGARTIJA

Este, que pasa por el balcón del fondo cargado de alpargatas, grita dirigiéndose á los que sestean

Lag. ¡Olé por los rentistas! ¡Qué güena vida sus dais, tumbaos al sol!

Gilí Oye tú, trabajaor, ¿cuánto ganas al día?

Lag. Rial y medio, cuando cunde y apretando.

Mal. Pa eso, más mejor na.

Gilí Di que estamos en güelga, hasta que paguen á duro cuantimenos.

Lag. ¡Tumbones! si no tuviá yo el vicio de fumar ¡qué güenas siestas me echaba con vusotros! (Se va.)

(Arman una trifulca los jugadores que echan á uno á empellones.)

Mal. ¿Qué pasa ahí?

Lum. (Sosegadamente.) Na, un vivo que ha querío levantar un muerto.

Mal. (Indignado.) ¿En dónde se habrá figurao que está ese granuja?

Cur. (Despertando estupefacto) Anda, ¿y mi media?

Lum. ¿Qué te pasa, Curdela?

Cur. Que me han birlao una media.

Lum. (Con candidez.) Hombre, no te la habrás puesto hoy, que si no ¿cómo te la iban á quitar?

Cur. ¿Me quedrás decir á mí si la tenía? Vaya, si lo sabré yo.

Lum. Entonces, ya pues decir que hay uno que tié el sueño pesao y otro las manos ligeras.

Cur. Quedría yo saber quién es para cortárselas... ¡Granujas! ¡más que granujas! (Se va bufando y los demás se ríen.)

ESCENA III

DICHOS menos CURDELA

Esc. Ea, Juan, cambio de letra y vamos con otra que hay mucha correspondencia retrasada.

Juan Hombre, déjame descansar que me duele la mano.

Esc. Vaya si hay que darle á la pluma, pa sacar una miseria. Van abriendo el ojo y ya no cae un primo ni pa un remedio. (Gritando hacia el grupo de lectores.) ¡A ver! ¡eh... esos! ¡los del gabinete de lectura!... Hacer el favor de fijarse, y avisar si en algún pueblo se muere de viejo el párroco.

Gilí ¿Es pa darle el pésame á la familia?

Esc. No; es pa escribirle una carta.

Gilí ¿Dimpués de muerto?

Esc. Justamente.

Mal. ¿Quién la va á leer entonces?

Esc. Toma, el cura nuevo que vaya en su lugar. Esos son los que pican.

Gilí Cuenta, cuenta, Escribano, cómo les sacas las perras á los curas.

Esc. Allá va, mientras descansa el secretario. Este timo es el de la niña. De balde os lo enseño, aunque produce un dineral. A ver si os enterais. Yo necesito escribir, como si le conociera mucho, á uno que ni sé cómo se llama.

Gilí ¡Atiza!

Esc. Pues, nada más fácil. Pongo el sobre al párroco de ese pueblo donde se ha muerto el cura; lo recibe el nuevo, y piensa que yo le conocía al difunto y no sé todavía que se ha mudao al otro barrio. Y como no pongo el nombre ¡claro! el curita se traga la carta hasta la firma.

Mal. ¡Pues tié razón!

Esc. Yo... tengo que deciros quién soy; me llamo Fray Trinidad de la Concepción y soy un frailuco setentón y algo chocho, á quién le han dao á guardar una niña, hija de un lío de señorones.

Gilí ¿Quién me compra un lío?

Esc. El angelito tiene una barbaridad en tierras y casas, todo ello por allá, hacia donde cae la parroquia de marras. Y yo, como es natural, me acuerdo de mi amigo el cura para que administre, con su buen por qué, las rentas de la niña.

Mal. ¡El demonio del hombre!

Esc. Raro es que quién va á ofrecer tanto no tenga un real; ¡toma para eso soy fraile, con voto de pobreza! ¡Nada, ni un céntimo partido por medio! También es chocante andarse con tapujos en cosa tan natural; pero, habiendo por medio lío de señorones, no es cosa de dar un cuarto al pregonero.

Mal. ¡Lo que se discurre!

Esc. Yo le pido en la carta que haga la caridad de encargarse de la niña y de la administración, que no es grano de anís, y le ofrezco mandarle papeles y títulos con una hija en el tribunal de la penitencia...

Lum. ¡La Pegina!

Esc. ¡No eres rana! Y como, con eso del voto de pobreza, no tengo un céntimo, vaya ¿qué menos ha de hacer el hombre que mandar diez durillos, para el viaje en tercera de la infeliz? (Ovación y risas.)

Gilí Y ¿pican? ¿pican?

Esc. ¡Psh! caen bastantes en esta primera redada; pero como la Pegina cobra sus derechos lo mismo que si viajara, poco me queda pa convidaros.

Cur. (Que ha vuelto á entrar momentos antes y escucha con avidez.) ¡Qué lástima!

Esc. (Con animación) Lo bueno es la segunda parte Cuando han picao reciben una carta ¡de cinco sellos! Allí va la mar; el retrato de la niña en traje de primera comunión...

Mal. Oye, tú, ¿qué niña es esa?

Esc. Lo que es de eso la Pegina tiene una colección capaz de enternecer á Herodes. Va una carta de la chiquita que, aunque las quiere mucho á las monjas, se alegra de ir á casa de un señor tan bueno; luego dos pliegos de las monjitas, llorando porque se les va la perla del convento... Pero después viene lo mejor: como estoy medio chocho, resulta que están sin pagar dos trimestres del colegio, y allá van cuentas con toda formalidad, con el sello del convento, y facturas de la modista, y recetas del médico... ¡El acabose!

Mal. Oye, tú, y ¿cómo haces los sellos?

Esc. Con una patata, tinta verde y estas manitas, que no estarían aquí si no supieran tanto. Yo, claro, como estoy medio lelo, me indigno de que las monjitas estén sin cobrar, y le mando al administrador que me remita á escape las mil y pico chirlas, porque quiero enviárselas á las pobres inmediatamente. Aquí, la verdad, los vivos suelen escamarse y no vuelvo á ver su letra; pero si algún tonto cae en el garlito, ¡qué juerga! ¡qué fortuna para todos!: para todos, porque como á esos cuartos hay que darles aire antes de que llegue el juez, que siempre viene tras ellos, para todos sería la ganga.

Mal. ¡No caerá esa breva!

Esc. ¿Quién sabe? (Con misterio) Aquí, en secreto, estoy aguardando una carta que, si viene, será el gordo para todos. Uno me ha escrito que le dé tiempo para juntar las perras. Y por mi cuenta es hoy ¡hoy mismo! cuando deben llegar las mil pesetas... ó un capitán de la guardia civil. ¡Mil pesetas!... ¡magras para todos!... ¡aguardiente para todos!... ¡Los quinientos haciendo eses en todos los patios y armando bronca en todas las esquinas!... ¡Que vea yo eso una vez en la vida y ven-

gan después mil jueces á sacarme las palabras del cuerpo!

Mal. ¡No caerá esa breva!

Gilí Cállate, Malasombra, ¿qué sabes tú?

Cur. (Con aire beatífico.) A mí me sabe á ojén la boca y me corre el calorcillo por el garguero.

Mal. ¡Límpiate, Curdela!

Gilí ¡A ver si te callas, patoso! Escribano, cuando venga lo bueno éste no lo cata.

Mal. Por qué, so avaricioso, ¿lo quedrás tó pa tú?

Gilí A ver si te meto un lapo.

Mal. ¡Quisieras!

Esc. ¡Eh! ¿qué es eso? ¿Vais á reñir por lo que aun no ha venido? Los que armen gresca se quedan en seco.

Lum. Tié razón el Escribano.

Gilí Es verdá.

Cur. ¡Que güena sombra!

Man. ¡Tié mucha gracia!

Esc. Y basta ya, que voy á dictar una de las de cincuenta pesetas. Empieza, Juan. (Dictando de memoria.) «Anciano y achacoso le escribo desde la soledad de este claustro...»

Gilí ¡Je! ¡je! ¡Tié mucha sombra!

Cur. Pues ¿no ice que esto es un claustro?

Man. ¡Me río yo de la soledá...!

Lum. ¡Si paeces un frailuco, maldecío!

Esc. Mira, Juan, dejémoslo por hoy; voy á ver si ha llegao el correo, que estoy intranquilo por lo de la carta. (Se va y tras él se despuebla la escena.)

ESCENA IV

ALCALDE y JUAN

El Alcalde ha entrado momentos antes, sentándose en un rincón. Al marcharse los demas tras el Escribano, se le acerca Juan

Juan Te encuentro muy caído. ¿Estás enfermo?

Alc. ¡Ojalá lo estuviera! Acabo de pasar tres semanas en la enfermería, haciéndome el muerto. Así querría estar, acurrucao y dormido, los meses que me quedan.

Juan ¿Tan mal lo pasas?

Alc. No puedes figurártelo. Esto no es vivir. Yo me empeño en ser amable con todo el mundo... no me vale. No engaño á nadie; hasta los mandrias se hombrean conmigo.

Juan (Aparte.) ¡Pobre hombre!

Alc. ¿Recuerdas que siempre defendía yo á los más infelices? Pues ellos son los peores. No me perdonan que ya no me pelee por ellos. ¡Hasta el Nene... mi hijo, como yo le llamaba, me mira con desprecio...! ¡Ya no tengo un amigo!

Juan Sí, en mí lo tendrás mientras viva. Tú me salvaste el primer día: ni Teresa ni yo lo olvidaremos nunca.

Alc. Dale las gracias por haber entregado mi carta al jefe. ¡Qué quieres, no podía dormir desde que supe que el Fachenda tenía un revólver! ¡Le temo tanto á ese hombre que anda siempre buscándome la lengua!...

Juan (Aparte.) ¡Qué cambio!

Alc. Ya ves ¡un revólver! (Transición.) Te parezco temerón, ¿verdá? No, pues mira, lo que más temo es mi sangre, que á veces me da golpes aquí, (Señalando las sienes.) y puede cegarme un día y perderlo todo en un momento.

Juan ¡Tienes razón! Eso mismo decía Teresa. Sabes que suelo hablar con ella cuando voy á despachar la correspondencia del director; me dijo que quería hablarte, para que sepas que no estás solo en esa pelea triste.

Alc. ¡Ay, sí! ¡qué provecho me harán esas cosas que sólo saben decir las mujeres: madres, novias ó hermanas!

Juan No sabes cómo se interesa por ti, ni cuánto hablamos de tus cosas. ¡Ten buen ánimo! ¡ya no falta mucho! ¡cinco meses! ¡un soplo!

Alc. ¡Una eternidad! (Con pavor.) ¡Vámonos que vienen esos!

ESCENA V

FACHENDA y NENE

Fach. (Pavoneándose.) ¿Lo estás viendo cómo me huye?

Nene No me digas más. Lo veo y no lo creo. Es

como si aquél se hubiá muerto y éste fuera to lo contrario. (Con ira y desprecio.) ¡Cobardón!

Fach. ¿Te acuerdas tú de cuando yo me contenía por prudensia, porque me conosco er gen io y no quería que hubiese cá instante un cataclismo? Entonses, levantaba er gayo y se jasía er bravucón; pero demasiao sabía yo lo que era ese hombre; un Juan Lanas, un enfeliz, que con solo mirarlo como sé yo mirar á la gente...

Nene Sí, Fachenda; aquí no hay más hombre que tú; el tuyo sólo es coraje; para agallas y guapeza, tú y nadie más que tú.

Fach. (Esponjándose.) ¿Te vas enterando?

Nene Y pensar que cuando yo me puse pesao el otro día y tú... me atizaste, delante de él, ¡el sinvergüenza se quedó callao como un muerto!...

Fach. ¡Y blanco como la paré!

Nene Si es muy blanco.

Fach. Tú no te fijaste... jimplaba, tiriteando tó. ¡Yo creí que iba á sartar! Cuando yo te dije con mala intinsión, al darte unos cates: —¿Te piensas tú que te vale tener er tío Arcarde? Ese Arcarde no vale ya ni pa arguacil.— ¡Cómo se la tragó!

Nene ¡Canalla! ¡canalla!

Fach. Lo cuar que se queó mirando ar suelo, clavao, cuasi que sin respirasión...

Nene ¡Lo que es esa, á mí me la paga!

Fach. ¿Y sabes tú lo que ahora sospecho de él? Pues que ha sío él quien ha soplao ar jefe que si yo tenía un rególver. Lo cuar que me lo han limpiao.

Nene Insúltale, y si rechista le pintas á él un jabeque, mayor que el tuyo, que bien ganao lo tiene por pinturero y por mandria.

Fach. Miá tú, á mí me da lástima. Entavía más divertío será que le fartes tú, y veremos la cara que pone.

Nene Bien pensao; cuando haiga mucha gente... Y eso del revólver se lo cuentas al Matusalém, pa que sepa cá quisque con quien anda. Mira, por allá viene, háblale.

ESCENA VI

DICHOS y MATUSALEM

Fach. ¡Matusalém!

Mat. ¿Qué me quieres?

Fach. Aquí, dentro de la casa, hay uno que se berrea y nos vende.

Mat. ¿Por qué lo dices?

Fach. Hoy me han cacheao pa quitarme el rególver, porque le han dao er zoplo ar jefe.

Mat. ¡Granujas! Y ¿de quién sospechas?

Fach. Del Arcarde.

Mat. No puede ser; ese es un hombre.

Fach. ¡Era...! Si el otro día porque se armó una bronca junto á él, salió de pira como una vieja espantá.

Mat. Por lo visto se ha vuelto mandria... ¡Ya se lo dije yo!... Por allí anda. Alcalde, y vosotros también, veniros p'acá.

ESCENA VII

DICHOS, ALCALDE, GILÍ, MALASOMBRA, CURDELA y penados

Mat. Tengo que deciros una cosa. Habéis de saber que el Fachenda tenía un revólver.

Gilí Mal hecho. Luego riñe, suelta un tiro y mata á uno que está dormío, lejos de allí.

Cur. Cuanti mejor la navaja que sólo encuentra al que busca.

Mal. Más segura.

Gilí Más calláa.

Mat. Alguno se lo ha soplao al jefe. (Al Alcalde.) ¿Has sido tú?

Alc. (Balbuciente.) Pues... mira tú... como el Fachenda la tiene tomada conmigo... porque sabe que ahora no quiero reñir...

Mat. Alcalde, sabía que no eras el mismo de antes; pero que cambiaras tanto, no me cabía en la cabeza. (A todos con solemnidad.) Ya lo sabéis: ése es un chota... no merece que le llamemos amigo. ¡Hay que guardarse de él! (Todos le vuelven la espalda y él se refugia en un rincón.)

Alc. (Con amargura.) Ya todos recelarán de mí... Dentro de cinco meses y once días. . mi Carmen, mi Carmen me espera... (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS y ESCRIBANO

Entra corriendo alborozado: en la mano derecha agita unos billetes y en la izquierda tiene una carta abierta

Esc. ¡Ya están aquí! ¡Ya cayó un primo! ¡El gordo! ¡el gordo! (Todos le rodean.)

Mal. ¿Son de verdá?

Gilí ¿No será otro timo pa tomarnos el pelo?

Cur. Oye, Escribano, ¿habrá convite?

Esc. Ya está todo preparao. La cantinera ha salido á por magras; la Pegina pasará esta noche un barril entero de aguardiente; bajaremos á recogerlo dos de cada dormitorio, con todos los cacharros vacíos y... (Cantando.) ¡A beber, á beber y á apurar...! ¡Juerga hasta pescar la trúpita número uno!

Todos ¡Sí! ¡sí! ¡Aguardiente hasta morir! ¡Juerga! ¡Juerga!

Esc. Ya lo sabéis, quiero que el mundo se tambalée.

Todos ¡Viva el Escribano! ¡A beber, á beber y á apurar!... ¡Esta noche es Nochebuena, noche de poco dormir...! (Bronca jubilosa.—Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La escena aparece dividida: la izquierda representa el interior de la cocina, en el pabellón del director, con dos puertas por la izquierda y á la derecha una reja que da sobre el patio del presidio en plena oscuridad.

ESCENA PRIMERA

TERESA y CARMEN

Ter. A tiempo has llegao, Carmen. Yo te contaré...

Car. En cuantico recibí tu carta me puse en camino. ¿Qué pasa? ¿qué le ha sucedío á mí hombre?

Ter. Nada, no te asustes. Fué precaución más que otra cosa. Vi venir el pedrisco y dije: ¿quién mejor que ella para acudir al remedio?

Car. Temblando estoy toa de saber que está ahí, á dos pasos. ¿Qué no daría por hablarle?

Ter. Pronto le hablarás. Le he dicho á Juan que le traiga diciendo que le llama mi amo.

Car. ¡Ay qué miedo! Siempre me escribe que no quiere que venga mientras esté aquí ¿Ves qué manía de hombre? Que si el sitio, que si el traje... ¡Válgame Dios! Como si para mí, él no fuera siempre él. ¿Se enfadará de que haya venido?

Ter. Ya haremos que Juan le avise, para que no lo sepa de golpe.

Car. Y ¿qué le tengo que decir?

Ter. Tienes que darle ánimos, que soliviantao le traen unos demonios. Pero ya no hay miedo de malos quereres que aquí estás tú. ¿Qué defensa más grande? Juan dice que te quiere una barbaridad.

Car. Solitos estamos en el mundo; él para mí, yo para él. Y á fuerza de no verle más que con el pensamiento, me parece cada vez mejor, diferente de todos, como esos que ve una en sueños que son más grandes y mejores que los vivos de verdá. Miedo me entra de verle ¡miedo mezclao con ansias!

Ter. Me parece que llegan: aguárdate ahí fuera; ó mejor, vete con los niños, que ya te avisaré más tarde.

ESCENA II

TERESA, ALCALDE y JUAN

Ter. (A Juan.) ¿Cuánto has tardado?

Juan No podía encontrar al Alcalde y no quería venir sin él.

Ter. Y has hecho bien. (Al Alcalde.) Bien venido, buen amigo.

Alc. (Con cortedad.) Buenas noches.

Ter. Tenía muchas ganas de hablarle para darle las gracias por aquello del primer día, que no lo hace más que un hombre bueno, bueno y valiente como es usted. Ya sé que ahora le marean los envidiosos y le persiguen los cobardes. Por eso, porque es usté valiente, los desprecia sin hacerles caso, riéndose por dentro de sus bravatas. Eso hacen los valientes cuando es preciso hacerlo.

Alc. Muchas gracias, muchas gracias... Ahora respiro. ¡Cuántos años hace que no oigo una voz así, que me recuerde la de mi Carmen! Hábleme usted más. ¿Verdá que no soy un cobarde?

Ter. No; ellos, los que maltratan al que no les puede responder: los que temblaban y hoy se crecen, ¡esos son los cobardes!

Alc. ¡Ah! sí: ¡ellos!.. ¡ellos!...

Ter. El valor tiene muchas caras: unos días consiste en vencer á los demás; otros en vencer á la tentación que es uno mismo. A veces se llama rabia, á veces paciencia. Es siempre cosa que cueste trabajo hacer. Ahora para usté se llama prudencia.

Juan ¡Qué razón tienes!

Ter. Piense usted en su pobre mujer; en la vida honrada y alegre que empezará cuando se abran esas puertas..

Alc. ¡Ay! ¿Cree usted que podré resistir? ¿No me rebajo al aguantar las burlas de esos canallas? Hay veces en que, dentro de mí, el de antes grita furioso:—¡mata!—mientras el de ahora, el acobardao, le pide temblando:—¡ten paciencia! ¡ya falta poco!...

Ter. A ese debe usted oir; ¡ese es el valiente!

Alc. No sé si podré. Se me está repudriendo aquí dentro algo muy malo...

Juan ¡Cálmate, cálmate!

Ter. Me da usted miedo. El valor que usté necesita solo una persona en el mundo puede dárselo. Aguarde aquí un instante. Ven, Juan, que mi amo tiene que darte unos papeles y yo un encargo.

ESCENA III

ALCALDE, está sentado de espaldas á la puerta de entrada

¿Por qué me acuerdo de mi Carmen, como si acabara de verla? Esa voz cariñosa me la ha traído, sin duda, al pensamiento. ¿Qué hará á estas horas? Otras veces la veo en nuestra casita, cosiendo ó rezando... Hoy no acierto lo que hace, no la veo como otros días. Estoy, así, desazonao, inquieto; pero no triste. Y eso que lo que está pasando allá fuera me da que pensar. Cuando el aguardiente corra.. ¿qué se les ocurrirá á esos brutos? ¿No les dará por reñir, con terquedad de borrachos? ¿No armarán pendencias donde pueda salirme ese empalme, que me vuelve loco?

ESCENA IV

ALCALDE, JUAN y CARMEN. Entra Juan haciendo que Carmen pase sin ser vista á segundo término: ella mostrará ansias de descubrir su presencia abrazando á su marido

Juan ¡Alcalde! prepárate para una gran noticia: la que menos te figuras... ¡Loco te vas á volver de alegría!

Alc. ¿De alegría dices?, solo una me queda en el mundo y está lejos de aquí.

Juan ¿Y si estuviera cerca?

Alc. ¿Quién, mi Carmen?...

Juan Figúratelo un momento. ¿Qué nos cuesta? Estaba lejos, contando los días. De repente le da la corazonada de que pasas fatigas.

Alc. ¡Imposible! ¿A qué viene el soñar despierto?

Juan Pues bien, no es un sueño: ¡está aquí! ¡en esta casa!... ¡aguardándote!...

Alc. (Con agitación) ¡No puede ser! No quiero que me vea.. con esta ropa... en este sitio... (Al volverse cae en sus brazos Carmen: emoción profundísima del Alcalde que acaba por romper en llanto. Juan, que los ha contemplado un instante, se va conmovido.)

ESCENA V

ALCALDE y CARMEN

Alc. ¡Tú aquí! ¡Mi santa en este infierno! ¿Quién te ha hecho venir para alegría de mis horas tristes?

Car. Teresa me escribió... que me necesitabas... que te daban una vida perra hombres muy atravesaos. Me hablaba ¡qué sé yo!. de malos quereres... de envidias: yo no he entendido bien. ¿Que tengo que venir á defenderte? Tú me has defendido siempre. Ni ¿quién es hombre en el mundo para atreverse contigo?

Alc. Es verdad. Tienes razón... ¿Para qué has venido?... No quería yo que me vieras tal como visto, ni tal como soy...

Car. No me digas eso. Yo te veo como fuiste ¡como eres y serás siempre!... Como aquel día, ¿te acuerdas? ¡qué valiente! Todos contra tí, aullando como lobos... El chiquín lloraba espantao entre mis brazos; las vecinas gritaban encomendándose á Dios... Tú solo, sin miedo, te echaste á la calle... ¡Qué griterío! De pronto se oyó á modo de un trueno... luego carreras y alaridos... y volviste á entrar como si nada... En tus manos humeaba el trabuco... Ya comprendí que pasaría algo muy malo; que la justicia iba á venir; que se acababa nuestra vida alegre; pero, con ansia y todo, ¡qué orgullo me daba verte tan bravo, tan grande!... Más recio que la pena gritaba mi corazón:—¡Ese es tu hombre!

Alc. Sí, sí; tienes razón; ¡tu hombre! Eso quiero ser siempre. Y lo seré en cuanto salga de entre estas paredes, en cuanto pueda levantar la cabeza sin dar con ella en estos techos bajos que achican... que aplastan...

Car. Ya falta poco, ¡paciencia!

Alc. ¡Ay! ¡Si tú vieras qué largos son los días aquí dentro! (Con agitación.) Mira, Carmen, yo necesito salir de aquí, ser lo que antes era...

Quiero empezar otra vez la vida honrada y alegre que se acabó aquel día... Tengo hambre de volver á nuestra casa con los brazos tronzaos de trabajar y descansar contento entre los tuyos... de que seamos dos á pensar siempre lo mismo, para que nos toquen á medias las pesadumbres y nos sepan doble mejor las alegrías.

Car. ¡Ten ánimos! Ya pronto ha de ser.

Alc. Por tí solo, por ser otra vez el que mirabas con orgullo de ser mía, tengo yo ansias de volver á vivir.. Ya verás entonces cómo soy el de siempre; cómo te he ido guardando todo el cariño que se me pudría en el alma por no tener á quién dárselo

Car. El mío, bien grande, ¡qué calladito aguarda! No pensé tener tanta paciencia. ¡Días largos!... ¡Vida triste! Sobre todo desde que me faltó el chiquín... (Dominándose y con fingida animación.) ¡Eh! Ya poco falta. A darte ánimos venía y mira tú lo que te miento...

Alc. Quince meses hace que murió..

Car. ¡Cuánto te quería! No se le caía tu nombre de los labios...—¿Qué dice padre? ¿Qué hará padre? ¡Si padre estuviera aquí no pasaría esto!...—Tu misma cara, y tu genio también, que buen respeto le tenían los mozos, y en todo noble y de buen corazón... Dieciocho años tenía y las mozas se volvían á mirarle... Pero, ¿seré tonta? ¡Si no quiero hablarte de él y no sé hablar de otra cosa! Mira, Germán; ahora tú para mí y yo para tí... ¡Qué solos el uno sin el otro!...; pero, cuando nos juntemos otra vez, también nuestra vida tendrá la segunda flor como los campos...

Alc. Embobao te escucho y no sé si llorar ó reir.

Car. ¡Animo! ¡Animo! Ahora estoy yo aquí. Voy á pasar á tu vera los meses que nos faltan. Teresa ha dicho al señor que soy tía suya, que vengo á ayudarla... Ya sabré yo no estorbar y hacerme un hueco cerca de esa ventana, para verte siquiera desde lejos.

Alc. Hablaremos muchas veces del chiquín que nos dejó... Al que nazca le llamaremos como él, pa figurarnos que ha vuelto... (Suenan unas campanadas.)

Car. Vete ya, que es muy tarde...

Alc. Tienes razón. Adiós, mi santa... ¡Parezco otro! ¡Adiós! (Se va.)

ESCENA V

DICHOS y NENE, FACHENDA, GILÍ, MALASOMBRA y CURDELA
Forman un grupo en el cual vocifera el Nene, mientras los demás le contienen entre risotadas

Car. Desde esta ventana podré verle atravesar el patio. Apagaré la luz para que no me vean los de fuera.

Nene (Gritando.) ¿Dónde está el Alcaldillo? ¡Que me lo traigan, que le quiero decir cuatro frescas!

Car. ¡Qué ruídos á estas horas!

Cur. Pero, ¿dónde se habrá escondido ese bragazas?

(Sale el Alcalde y le ven, aunque trata de esquivarse.)

Gilí Alcalde, ven acá.

Cur. ¿Por dónde andas á estas horas?

Man. Vente con nosotros.

Fach. Sí, ven; te damos premiso, porque éste te quiere contar un cuento.

Alc. (Suplicante.) Dejadme en paz; es muy tarde; tengo sueño...

Nene (Imitándole.) ¡Tengo sueño! Miren el chiquitín que quiere ir á la cama. Bebe aguardiente como yo pa estar despabilao... ¡Tengo que hablarte de nuestras cosas!

Alc. Hijo mío, déjame en paz.

Nene ¿Qué es eso de hijo mío? Ni soy tu hijo, ni tengo na que ver con un mandria como tú.

Car. (Aparte.) ¿Qué dice ese hombre?

Alc. ¡Calla! ¡calla!

Nene No me da la gana. El que se asusta como una vieja y me deja en las astas del toro pa que el Fachenda me maltrate, que no me llame hijo. Yo no quiero ser hijo de un chota.

Car. ¿Es mi Germán quien oye esas cosas y las aguanta?

Alc. ¡Cállate! Que entre todos los insultos que desprecio los tuyos me llegan á la entraña. ¡Calla por favor!

Car. ¡Con qué paciencia le habla!

Nene ¡No me da la gana! Quiero que todos te conozcan. Vosotros no sabéis que este tío camándulas, cuando se las daba de perdonavidas, me decía que érais corderos disfrazaos de lobos. ¡Je, je A él sí que se le ha caído la pellica y le asoma la lana de borrego.

Car. ¿Así se atreven con él? ¿Se habrá vuelto cobarde?

Nene ¡Cobarde!

Alc. ¡Vete, no me ciegues!

Voces ¡Ahora escuece!—¡Pica, pica!—¡Anda con él!

Nene Miá tú que dejarle en banda al hijo que se parecía tanto al otro... al de verdá... al que se debió morir avergonzao de tener tal padre...

Car. (Gritando furiosa.) ¡Canalla! ¡Mátale, Germán!

(El Alcalde se precipita rugiendo sobre el Nene; este, acobardado, se guarece tras el Fachenda, quien saca aparatosamente una navaja y dice:)

Fach. ¡Eso quiero yo!... ¡Coraje y carsones!

(El Alcalde le desarma y esgrimiendo su navaja pone en fuga á todos gritando:)

Alc. ¡Largo, granujas! (Al verse solo con la navaja en la mano se detiene como si despertara, aterrorizado. De pronto la rompe y arroja con repugnancia los pedazos.)

ESCENA VI

ALCALDE y CARMEN

Car. ¡Ese es mi Germán!... ¡El de antes!...

Alc. (Sombrío.) ¡El de antes, sí! ¡El que mató y matará otra vez! (Con abatimiento.) Y entonces, Carmen mía, estas rejas me separarán de tí para siempre... ¡para siempre! ¡Oh! no... ¿Por qué has venido? ¡Dame valor para seguir siendo cobarde!... ¡Si supieras con qué ansias, con qué fatigas!.. Es que, ¿sabes?... quiero pasar por todo, con tal de atravesar esa puerta y caer en tus brazos...

Car. ¡Ay, sí! ¡Qué pena! ¡Pobrecito mío! (Se abrazan llorando. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Rincón del patio en el penal. En el fondo una puerta con el rótulo CAPILLA, y en otra OFICINAS. Van llegando los penados, por la derecha, con sus platos de rancho y se sientan á comerlo en variadas posturas. El último que llega es el Alcalde, quien, en cuclillas, engulle algunas cucharadas con voraz apetito.

ESCENA PRIMERA

TERNE, CURDELA, GILÍ, MALASOMBRA, luego NENE y MANITAS

Cur. ¡Mardita sea la!... ¡Y qué malismo está el condenao!

Mal. Va á haber que plantarse cualquier día.

Gilí Sí; pa lo que se saca de eso... Una docena de calabozáas y los garbanzos más duros que antes.

Mal. No tanto, no tanto; alcuérdate que, dimpués del pasao, en los primeros días daban más.

Gilí Echarían más agua á las mismas patatas.

Mal. Y que el Currinche encontró hasta carne.

Gilí ¡Como no se cayera á la olla algún ratón!

Cur. Miale, miale al Alcalde cómo traga.

Gilí Alguacil, ¡vaya una gazuza!

Mal. ¡Cómo se conoce que se acabaron las perras!

Gilí Antes tóos á convidarle á él y ahora él á convidar á tóos...

Cur. ¿Sabe? ¿sabe? Preguntarle á ese si están duros los garbanzos.

Alc. (Humildemente.) ¡A buen hambre no hay garbanzo duro! ¡Siquiera fueran más!...

(Pasa corriendo el Nene y hace rodar de un puntapié el plato del Alcalde.)

Nene ¡Córcholis! que me he tropezao: dispense.

(El Alcalde recoge tristemente el plato y trata de rebañarlo sin protestar.)

Terne (Indignado.) ¡Anda, mala sangre!...

Gilí Oye, Alguacil, y ahora ¿qué vida?

Mal. Apriétate el cinturón, que dicen que es muy bueno.

Gilí (Entre burlón y compasivo.) ¡Ah, pobrecico! ¿cuántos días te faltan?

Alc. Cincuenta y siete.

Mal. ¿Con el de hoy?

Alc. ¡El de hoy no se cuenta! ¡Ya ha pasao!

Gilí Sí, ya ha pasao... tóo lo que tenía que pasar por tu gaznate.

(El Nene, ayudado por el Manitas, prepara á espaldas del Alcalde un cacharro con agua, que se volcará cuando abran la puerta de la Capilla.)

Man. (Con voz melíflua.) Señor Alcalde, le llama á usté el capellán para echarle una prédica...

(El Alcalde avanza receloso hacia la puerta; al abrirla se vuelca el cacharro empapándole el traje; él se queda inmóvil, contemplándose consternado.)

Nene (Riéndose con risa aguda.) ¡Agua va!

Terne ¡Mardito niño, mala sombra! ¿Quiés dejar vivir á la gente?

Nene Oye, ¿tú eres Terne ó ternero? ¡Pues no se ha enternecido poco por la broma de un remojón!

Gilí ¡Lárgate, tunante!

Terne ¡Tiene la sangre más negra!...

Mal. No te gusta más que reventar á la gente.

Gilí Sobre todo al pobre Alguacil que no se mete con nadie.

Nene ¡Iros al cuerno! Yo hago lo que me da la gana, ¿estamos? ¡Vaya unas hermanitas de la Caridá!

Terne Lo que yo te digo á tí es que ya me vas cargando con tanto chincharle á ese...

ESCENA II

DICHOS y FACHENDA

Fach. ¡Tié razón er Terne! ¡Te pones mu pesao! Deja en paz á ese mequetrefe, ó te voy á tener que dar dos gorpes. Si te güervo á ver ni mirarle siquiera á ese tío lila, te rompo la geta. (Con solemnidad fanfarrona.) Cuando un hombre tié ganas de buscar á otro hombre, se va á uno de verdá, de pelo en pecho, como er Terne, pongo por caso, y le dise:—Comparito, (Dándole una palmada en el hombro.) tengo ganas de pintarle á uno un chirlo como este, (Señalando al suyo.) pero muncho más grande entavía... ¿Sabes tú de arguno que tenga los hígados negros y nesecite una sangría pa refrescar?

Terne Y er Terne, que no consiente que nenguno le ande buscando sin salirle ar camino, le dirá en seguía:—¡Aquí hay un hombre pa otro hombre!

Fach. Y que es responder como es debío. Así habla el que tíene la sangre arborotá, y el corazon de jierro y las entretelas de bronse. (Saca rápidamente la navaja y se va á él amenazador.) ¡Compare!... (Al ver que el otro le espera puesto en guardia, cambia de tono y le enseña la hoja, con fingida risa...); pero mia tu que tié grasia este dibujo de mi herramienta... ¿Lo ves aquí? ¡La extremaución!

Terne Pues mia tu lo que figura la mía. ¡Un intierro!

Fach. (Con solemnidad.) ¡De chipén!... Tu navaja, es pa mi navaja, como eze hombre es pa este hombre. ¡Vamos á cambiarlas! ¡venga de ahí!

Terne ¡La tuya primero!

Fach. ¡A la vez! (Cambian.) Aprender á zer caballeros y bragaos, que guapos como eztos dos, no se han visto en esta casa, dende que la discurrió el arquiteuto; y pa selebrarlo, ¡conmigo tóo el mundo, que Fachenda paga! (Le siguen aplaudiendo todos menos el Alcalde.)

ESCENA III

ALCALDE, después CAPELLÁN

Alc. (Pasando vivamente para entrar en calor.) ¡Faltan cincuenta y siete días! ¿No debían contarse dobles, los que son como éste? ¿Se me habrá empapao la carta? (Sacándola del bolsillo del pecho.) No, aquí está, mojada, pero no de agua. ¡Pobrecilla!, siempre piando lo mismo. (Lee.) «¿Qué te estará pasando á estas horas? ¿Qué harán contigo esos canallas? Esto no es vida. ¿Por qué no me dejas estar á tu lao?...» ¡Bah! ¡porque no puede ser! (Hablando á la carta.) ¿Crees que si estuvieras aquí, podría yo ser lo que soy? ¿Aguantar lo que aguanto? Por tí lo sufriría yo todo; todo menos estas burlas que te harían pensar:—¿Dónde está mi hombre?—Prefiero sufrir solo, aunque me ahogue la pena. Me consuela decir: ¡Al menos ella no lo sabe, ni lo sabrá nunca!.. (Sale por la puerta de la capilla, el Capellán.)

Cap. Hijo, hace rato que te mandé buscar.

Alc. Entendí que era burla y no hice caso.

Cap. Me ha hablado la criada del Director. Dice que te encuentras en gran tribulación y necesitas mi consejo. Responde á mis preguntas. Tú vas á cumplir, ¿no es cierto?

Alc. Dentro de cincuenta y siete días.

Cap. Antes serías valiente y ahora se vengan. ¿Es así?

Alc. El evangelio.

Cap. Y tú temes que se te acabe la paciencia.

Alc. ¡Me pinchan tanto!...

Cap. Crees que no hay dolor como el tuyo, ni cruz más pesada que la que llevas á cuestas.

Alc. Yo no puedo con ella.

Cap. Y eso que tú sabes que te va á durar poco.

Alc. ¡Cincuenta y siete dias! ¡No se acaban nunca!

Cap. (Con agitación.) Si yo te hablara de lo que padeció Nuestro Señor, no me entenderías; pero si te digo, de hombre á hombre, lo que yo padezco...

Alc. Usté, tan bueno para todos!...

Cap. Cuando salí del seminario y entré en el mundo, sentado á la puerta me aguardaba el dolor. Mi padre... ¡no sé! ¡no quiero saber por qué culpa!. . ¡quizá inocente!... iba á presidio..., á éste vino ..; en él está... Lleva un mote y un número... Nadie sospecha que, entre los que me llamais padre, hay uno que, á solas, llorando sus penas entre mis brazos, me llama hijo...

Alc. ¡Qué desgracia tan grande!

Cap. ¡Y en presidio tengo el alma!... Ya lo ves; yo también padezco...; yo también lloro cuando mi viejecito me cuenta esas cosas tristes, que tú querías contarme. Somos hermanos en el dolor. Pues, como hermano, escúchame. Tu obligación es resistir á todas las ofensas..., ser sordo á todas las injurias... ¡aguantar! ¡aguantarlo todo! Y cuando te rinda la carga, piensa en la mía y en Aquél de lo alto, que supo enseñarnos á todos cómo se sufre sin quejarse y cómo se muere perdonando...

Alc. ¡Ah!, sí, padre. No lo olvidaré... Ya me siento más fuerte... ¡Vengan penas!

Cap. Cuando padezcas mucho, llámame ¡lloraremos juntos!

Alc. Gracias, padre, gracias.

Cap. Queda con Dios, hermano; que El te guarde.

ESCENA IV

ALCALDE, luego JUAN

Alc. ¡Quién lo hubiera pensao! Donde quiera, hay penas.

Juan Alcalde, buscándote vengo. Tres días que no he podido bajar, empapelao en la oficina ¿Qué tal andas?

Alc. (Sombrío.) ¡Regular tal cual!

Juan Pero ¿estás humedido con el frío que hace?

Alc. Una gracia del Nene.

Juan ¿Por qué no te mudas?

Alc. Por otra gracia del Nene, tuve ayer que la var el otro traje y está á secar.

Juan (Apretando los puños.) ¡Paciencia, paciencia! ¿Y por lo demás?

Alc. Si no estuviera muerto de sueño, porque ayer me hundió el camastro á media noche, sólo quedaría el hambre que me escuece más de la cuenta.

Juan No me acordaba ya de darte este puñao de higos, que la Teresa ha guardao para tí.

Alc. ¡Dame!, ¡dame! (Come con avidez.) No sabes qué á tiempo llegan: porque, mira tú, con el hambre entra la debilidad y lo primero que flaquea son las buenas intenciones. El mozo de paz con todos sus discursos se achica, se cella, y crece rabiosa la fiera que llevamos dentro agarráa á la entraña.

Juan ¡Ese maldito te vuelve loco!

Alc. Sí, él solo me espanta. Todos los demás, no me dan pena ni gloria. Que me mandan como amos, pues obedezco como criao. Si me insultan, me río. Es miedo mezclao con desprecio; una botica muy amarga, pero que no se sube á la cabeza. ¡Me aguanto!, ¡ya se cansarán!... Llega la noche... ¡un día menos! Pero ese ingrato sabe los rincones donde aún duele cuando escarba, ¡muy hondo!... ¡muy hondo!... Cuando creía que ya no me quedaba vergüenza, ¡él me enciende la cara! Por él, sólo por él, tengo miedo de no poder llegar á lo último. Le veo en todas mis pesadillas. Cuando le encuentro, con sólo verle empiezo á temblar. . ¿qué traerá?. ¿que habrá inventao?

Juan ¡Cálmate! ¡cálmate! ¿Por qué te empeñaste en que se marchara Carmen? Ella te hubiera consolao. Mira, yo trabajaré para que pases una semana en la enfermería; allí descansarás.

Alc. ¡Ay, sí!, acurrucao, en la paz de los que no tienen sangre en las venas; en medio de aquel olor á botica, sin ánimos para náa...

Juan Ven, que vuelven esos. Ven á mudarte, yo te daré ropa. Tienes fiebre. (Se van.)

ESCENA V

FACHENDA, NENE, el TERNE, GILI y MALASOMBRA

Fach. Por lo demá, este diablo de chico tiene unas ocurrensias capases de jaser reir á un sevil en er servicio. Por eso gasta esas gromas.

Nene Y que tenemos hecha una apuesta.

Terne ¿Cuál?

Fach. Er dise que le va á jaser sartar al Alguasil, y yo digo que ¡magras! que allí no hay hombre ni náa.

Mal. La verdad es que está hecho un lila.

Gilí ¡Tío más cobardón!

Nene Pues sería la primera de esas que perdiera en mi vida. Que de buscar á la gente las cosquillas, sé yo latín. Y que á ese no se la perdono, y á mí el que me la hace me la paga.

Terne (Viendo pasar por el foro, al juez y al actuario que entran en las oficinas acompañado de un vigilante.) ¿Qué pasa aquí, pa que teñgamos esta visita?

Mal. Ná güeno.

Gilí. Cuando el jues viene, mal pa tóos tiene...

ESCENA VI

DICHOS, y ESCRIBANO que entra corriendo

Esc. ¡Ya llegó el flaco!... ¡el flaco que viene detrás del gordo del otro día!... Lo que es para que pesque las mil pesetas, ¡listo tiene que ser! ¿Habéis visto al juez? Ahora vendrán á llamarme de fijo, pero trabajo le mando para sacarme una palabra de verdad.

Nene (Muy agitado.) Oye, cuando te pregunte quiénes han andao en el ajo, dí que uno he sido yo.

Esc. ¿De veras?

Nene Como lo oyes.

Esc. Bueno; yo había de armar muchísimo lío de todas maneras, lo mismo me da que sea

con uno que con otro... y ya que eres voluntario...

Vig. (Llamando.) ¡Javier Téllez!

Esc. Ese soy yo. (Al Nene.) Ya que te empeñas, hasta luego.

Nene Hasta luego.

ESCENA VII

DICHOS, menos ESCRIBANO

Terne (Con curiosidad.) ¿Se pué saber qué mosca ta picao para que te metas asina en ese enreo?

Nene (Alborozado.) Es una ocurrencia de primerísima. Como que desta hecha ya es mío lo apostao. ¡Vaya si es mío!

Fach. ¿Qué diablura nueva has inventao en un verbo?

Nene Lo vais á oir. Ya sabéis que al Alcalde too le tié ya sin cuidao, menos el tiempo que le falta estar aquí. Al condenao no se le cae de la boca lo de: «¡Me faltan cuatro meses!» «¡Me faltan tres meses!»

Gilí Ahora cuenta por días.

Nene Y pué que por minutos... Pues bien; la tomadura de pelo fina de verdá, será hacer que aparezca enredao en el timo del Escribano... (Risas.)

Fach. ¡Er demonio tiés tú en er cuerpo!

Gilí ¡Lo que no se le ocurra á éste!

Terne (Serio.) ¡Valiente granuja estás tú!

Nene Dentro de un rato me llaman, y digo que ha sido él, y como le conozco al pelo, daré tales señas, que el juez acabará por creer que digo la pura. (Riendo con risa diabólica.) Mira tú que estará bueno el Alcalde... aquél señor Alcalde que antes os hacía temblar... á ti, y á ti, y á todos... cuando llore y suplique, muerto de miedo, de rodillas, gritando: «¡Me quieren perder!»... ¡Ja, ja, ja! (Risa histérica, dolorosa. Ningún otro se ríe; están estupefactos.)

Terne ¡Este Barrabás no está bueno!

Gilí ¡A este le falta la rueda catalina!

Vig. (Llamando.) ¡Angel Gómez!

Nene Ese angelito, ¡moa!... Esperaisos, que antes de tres minutos van por el Alcalde. (Se va riendo.)

ESCENA VIII

DICHOS, CURDELA, MANITAS y Curiosos

Fach. (Riendo sin gana.) ¡Cuidiao que tié grasia er mardito niño!

Gilí Mia tú lo que le ha venío á las mientes.

Terne Como malo, es malo de verdá.

Cur. ¿Es cierto que están sacando lo del timo del cura y la niña?

Gilí Sí, y ya te puedes andar con ojo.

Cur. Yo, ¿por qué?

Gilí Porque como eres el que trajeló más aguardiente...

Cur. ¡Anda y que me lo saquen del cuerpo!

Fach. Todavía te estás relamiendo de lo güena que resultó la cuchipanda.

Cur. Eso sí, lo bailao nadie me lo quita. Y ¡lástima que no caiga otro primo!

Mal. ¿Pa qué?

Cur. Pa ripitir. ¿Pero es de verdá que andan buscando gente pa declarar?

Terne Vaya; ya han pescao al Escribano y ar Nene.

Cur. Toma, ¿y á quién traen allí, entre dos y medio á la rastra?

Gilí Pues es el Alcalde.

ESCENA IX

DICHOS y el ALCALDE, entre Vigilantes

Alc. (Despavorido, deteniéndose delante del grupo.) Pero si esto tiene que ser una equivocación, señores vigilantes... si yo soy inocente de todo, ¡inocente como el niño que acaba de nacer! (Dirigiéndose al grupo.) ¿No es verdad que sí? Aquí están estos que pueden decirlo. (Todos se callan, y algunos que conocen la trama cuchichean y se ríen.) ¡Si yo no he hecho nada malo!

¿Verdad, Curdela, que ni probé el aguardiente?

Vig. Vamos, que ya va saliendo que sabes algo... Anda pa alante, que ya te disculparás con el señor juez.

Alc. ¡Si yo estoy loco!... ¡atontao!... ¡si no sé lo que digo! ¿Echarme á mí la culpa? ¡Me quieren perder!

Vig. Déjate de músicas. Anda pa alante.

Alc. ¡Soy inocente! ¡soy inocente! (Se lo llevan entre protestas. Fachenda le imita y los demás se ríen, menos el Torne y Gilí, que protestan indignados. Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Antesala de la enfermería, á la que se entra por la puerta de la izquierda; la del foro da al patio. A la izquierda, en primer término, un armariejo y una mesa pequeña con un banquillo.

ESCENA PRIMERA

CURDELA y PRACTICANTE

Cur. Ya sabes que semos amigos, Practicante. Y llevo tres días sin catarlo. Los tiempos son de lo pior.

Pract. Pero, ¿por qué no trabajas, condenao?

Cur. Porque me da mucha sed y me pongo malo... Mira, si ahora mismo no me das un trago, un sorbo na más, un dedalillo tan siquiera de esa gloria que ties pa los enfermos, me caigo reondo aquí mesmo. Y pior pa ti, porque me tiés que cuidar y te fastidias.

Pract. (Sirviéndole vino de una botella que saca del armario.) Toma, perdido, que paece que te has desayunao con mojama.

Cur. (Bebiendo con delicia.) ¡Juy, qué rico... (Apura el vaso.) si no supiera á poco! ¿No cae más? ¿Ni una lagrimilla más?... ¡Vaya por Dios, otra

vez será! Pero, oye tú, ¿por qué no te vienes al patio? ¿Tiés muchos ahí adrento?

Pract. No está más que ese maulón del Alcalde, que se nos cuela aquí ca lunes y ca martes á tumbarse, callao, callao como si estuviera muerto. Hoy ha debido venir malo de verdá, porque se le oye aullar como un lobo unas veces y otras llorar como una vieja.

Cur. Eso es por la groma del timo que le han levantao que lo ha hecho él. ¡Chico, qué risa! Paecía que le iba á dar un patatús cuando le llevaban jimplando elante el juez.. Le teníamos prepará una juerga de las buenas á la salía; pero le han sacao entre cuatro y le han traído aquí...

Pract. Y ahí está, y yo aquí fastidiao por él.

Cur. No le hagas caso, que lo que él quedrá es dormir.

Pract. Tienes razón; me voy contigo al patio á ver qué se miente de eso del timo. (Vanse.)

Cur. Pero luego me darás otra lagrimica, ¿eh?

ESCENA II

ALCALDE, solo

(Llamando.) ¡Practicante! ¡Practicante! (Sale.) No hay nadie... Yo no puedo estar así. Me vuelvo loco de darle vueltas en mi cabeza á lo que me pasa... ¿Quién me ha mentao á mí en lo del timo?... Pero, señor juez, ¡si yo no sé nada!... ¡si yo no he tenío ná que ver en esas cosas!... ¡si ni probé tan siquiera el aguardiente aquella noche!... Que ¿cuál noche y qué aguardiente? ¡Dios mío, si la habré echao á perder! Pues yo digo la verdá. ¡Soy inocente!... El que metió la Pegina con las perras que le sacó á un señor cura, el Escribano... ¡Y se ríe!... ¡Y dice que sé más de lo qué parece! ¡Y que no andaría lejos cuando estoy tan bien enterao!... ¡Me caí redondo! ¡Estoy empapelao! ¿Me tendrán aquí más tiempo? No, eso nunca. Ni un mes, ni un día... yo no puedo más, ¡yo no he hecho nada!...

ESCENA III

ALCALDE y JUAN

Juan ¿Qué te ha pasao? Me dijeron que te habías puesto malo, y aunque calculé que sería por venir aquí, como quedamos, he venido á ver lo que tienes.

Alc. Yo me muero, Juan; me muero desesperao...

Juan ¿Qué ocurre? Cálmate.

Alc. Mi ilusión de salir de aquí, mi esperanza de cumplir dentro de cincuenta y siete días... ¡todo se ha perdido!...

Juan ¿Qué dices?

Alc. Me han calumniado... Le han dicho al juez que soy el timador que buscan...

Juan No es posible.

Alc. ¡Me quieren perder!... ¡me quieren perder!...

Juan ¡Miserables! ¡envidiosos!... No tengas miedo, el juez comprenderá que tú no tienes culpa...

Alc. ¡Ay! ¿qué le habrán dicho? Estaba contra mí, me creía el peor de todos.

Juan Ya verá claro. Necesitas consuelos, ¿quieres que avise al capellán?

Alc. Sí, sí, que venga. Me hace falta oir esas cosas que dan aguante para resistirlo todo.

Juan Le avisaré y vendrá. Entre tanto, échate un rato. Aquí está el Practicante, ¿necesitas algo?

Alc. Nada... paz, que no tengo; olvido, que no hallo. (Entra en la enfermería.)

ESCENA IV

JUAN y PRACTICANTE

Juan Este hombre está malo, tiene fiebre.

Pract. No lo creas, es un maulón de siete suelas.

Juan (Con energía.) Digo que tiene fiebre. Hay que cuidarlo y evitar que haga un disparate. Sobre todo que no entre nadie á marearle...

Pract. Bueno, bueno... (Vase Juan.)

ESCENA V

PRACTICANTE, solo

Estos escribientillos, en cuanto se sientan detrás de una mesa ya se creen dueños de tóo. ¡Habráse visto el novatillo este, que ya da órdenes mismamente como si fuera el director! Claro, en seguida me voy á estar guardándole la puerta al zanguango ese... Aunque estos de las oficinas son gente de cuidao, que como andan con los papeles y están á la vera de los que mandan, le pueden reventar á uno con la mayor facilidá .. ¡Condenao mundo! ¡Reventao por los de arriba! ¡fastidiao por los de abajo!... Me voy á entretener en pelar las patatas para la cena, ya que tengo la suerte de ser Juan Palomo, que yo me las guiso y yo me las como... Y no es poca fortuna librarse de los balines del rancho...

ESCENA VI

PRACTICANTE y NENE

Nene Salú, Practicante. ¿Se pué pasar?

Pract. ¿Qué quieres?

Nene Ná, que vengo á echar una parrafada con ése.

Pract. Está descansando, no quiere ver á nadie.

Nene Eso no va conmigo. Tú ya sabes que á mí me llamaba hijo... Vengo á consolarle, hombre; á hacerle un rato de compañía pa que no se reconcoma ahí, solo y aburrío.

Pract. Si es así...

Nene Así es. Oye, y deja luego que pasen también otros amigos, que han quedao en venir en seguida á darle conversación.

Pract. Bueno; pero aquí fuera ha de ser la tertulia, que allá dentro no quiero líos. (Llamando.) ¡Alcalde! ¡Alcalde! Sal un momento, que tienes visita. (Entra en la enfermería.)

ESCENA VII

NENE y ALCALDE. Sale el Alcalde con paso trémulo, envuelto en una manta. Al ver al Nene retrocede sobresaltado

Alc. ¿Qué? ¿tú aquí?

Nene (Con hipócrita dulzura.) Sí, hombre, sí; yo soy. ¿Qué te choca? ¿No hemos sido antes muy amigos?

Alc. ¡Antes!...

Nene Tú me llamabas hijo; decías que era la misma cara del que perdiste...

Alc. La cara, sí.

Nene Como á hijo me tratabas. Ya ves...; eso... no se olvida... ¡Qué tiempos aquéllos! Tú eras el rey del presidio, y á mí no me iba mal con ser el príncipe. ¿No me protegías tú entonces? Pues ahora que estás enfermo y caído, á mí me toca consolarte... A eso vengo.

Alc. (Aparte.) ¿Qué querrá?

Nene (Con tono hipócritamente cariñoso.) Ya sé que estás enfadao conmigo, y con razón... ¡Este pícaro genio siempre tentao á la risa! En fin, que así he sido toda la vida; tengo cosas de chico...

Alc. Sí, cosas de chico que se entretiene haciendo sufrir.

Nene ¡Tentao á la risa! Na más. ¡Tentao á la risa! Pero hoy he sabido lo que te pasa, y como lo que te pasa es muy serio, se acabó la risa, y aquí estoy.

Alc. (Aparte.) ¿Qué irá á decir?

Nene Sé que te han levantao un infundio... Que te han metido en los líos del Escribano. (Con misterio.) ¿Sabes quiénes han sido? ¿No? Pues yo te lo diré: el Terne y el Fachenda. ¡Me costa! Claro, son los que antes tenías debajo del pie, y ahora... como te ven así... tan... en fin, no quiero decirlo; se valen de tu... vamos... de eso, y te pisotean y te maltratan..

Alc. (Débilmente.) Déjame, déjame.

Nene Si tú me hicieras caso... si volvieras á ser lo

que fuíste; á decir, como entonces, á tóos esos: «A ver, ¿cómo me llamo? ¡El señor Alcalde!» ¡Qué pronto correrían á esconderse de ti!...

Alc. Déjame en paz .. Me faltan cincuenta y siete días y...

Nene (Con retintín.) Eso es mucho decir; ¡te faltaban!... ahora... el juez dirá. (Con misterio.) ¿Sabes lo que han declarao? Que te han visto escribir las cartas, que has sido tú el que convidó á aguardiente... el que lo ha hecho tóo... ¡Ay, si tú les das un resoplido! .. ¡qué pronto confesarán temblando su mentira!

Alc. ¡No me pinches! ¡no me pinches!

Nene (Aparte.) ¡Pues me parece que pierdo la apuesta! Esto ya no es hombre. (Cambiando de tono y con furia concentrada.) ¡Ea, fuera caretas! ¿Sabes quién ha armao el lío? (Golpeándose el pecho.) ¡Este cura!.. Este cura, que ha jurao que no te vas de aquí. ¡No vale acobardarse ni pasar por todo! He dicho que yo no me quedo sin mi papá... ¡y me saldré con la mía!

Alc. ¡Calla, ingrato!

Nene (Con ira.) ¿Crees tú que puedo perdonarte lo que has hecho conmigo? Hijo mío por aquí... hijo mío por allá... y de repente, porque te entra la jinda del final... ¡ahí queda eso!... me abandonas entre las manos del Fachenda, á quien tanto había hecho rabiar... ¡Ay! ¡yo también las he pasao muy negras!... ¡He tenido que hacer muchas carantoñas y tragarme muchas bofetáas!... Pero no he olvidao, ni olvidaré nunca, que ha sido por culpa tuya. Por eso lo he jurao, ¿me entiendes?... He jurao que no te irás de rositas.

Alc. ¡Calla! ¡calla!

Nene Y ya te tengo. Le he contao al juez que tú eres el matón que nos asusta y el timador que nos enseña todas las picardías...

Alc. Déjame por favor.. ; tengo calentura, ¿no lo ves?

Nene ¿Qué calentura, ni qué niño muerto? No pué tener calentura, el que no tié sangre. Pues sí; el Juez no quería creerlo al principio... Dale con los informes, y vuelta con tu conducta...; pero, ¡le dije tantas cosas!, ¡que si

el chirlo del Fachenda...; que lo de hacerte llamar señor Alcalde...; que la carta al cura...; que la convidáa á aguardiente, que... ¡vamos! (Con la risa aguda del loco.) ya lo tenemos, ya está convencío, y ya... ya puedes estar tranquilo, y yo también, porque lo sé de seguro.. ¡te salen tres añitos de recargo!

Alc. (Con un alarido de furor.) ¡Ya te has salido con tu empeño! ¡Ya has hecho hervir mi sangre! Tengo sed... ¡sed de la tuya!

Nene (Tratando de huir aterrorizado.) ¡Perdón!... ¡era mentira!... ¡por tu hijo!...

Alc. (Se arroja sobre el Nene, á quien estrangula, haciendo que su cuerpo caiga dentro de la enfermería.) ¡Se acabó!... Ya no es más que un guiñapo... ¡Cómo me ha mirado!... ¡se parecía!, ¡se parecía! He matado... he matado á mi esperanza.... (Con risotada salvaje.) ¡Ya aquí!... ¡aquí para siempre!... ¡Ahora soy el que fuí!

ESCENA XIII

ALCALDE, TERNE, MALASOMBRA y GILÍ

Mal. ¡Arcardillo! ¿no está aquí er Nene?

Alc. ¿Cómo es eso? ¿No me conocéis? ¡Soy el de antes! ¡El señor Alcalde!

Terne Pero, Alcalde...

Alc. ¡Señor Alcalde! ¡Fuera gorras! (Todos se descubren.) ¡Ya ténéis amo! ¡A adivinarme el pensamiento!..., ¡á bajar los ojos ante los míos! (Todos, dominados por su actitud, miran al suelo. Entra el Fachenda gritando altanero.)

Fach. ¡Arguasil! ¿en donde está er Neñe? (Le tiran del brazo aterrorizados: él adivina lo que pasa y quitándose la gorra tembloroso, dice con voz ahogada.) ¡Zeñó Arcarde!

Alc. (Sombrío.) Mira. (Abre la puerta de la enfermería: todos se agolpan á ella con horror. Malasombra, huye á dar parte.) Me atormentaba, le maté.

Terne Has hecho bien. Nosotros diremos lo que te hacía padecer...

Alc. ¿Por qué no lo impedíais?

ESCENA IX

Entra atropelladamente el Capellán, seguido de vigilantes y penados que van derechos á la enfermería

Alc. (Paseando por la escena, como una fiera enjaulada.) ¡Para siempre! ¡Mi Carmen!, ¡mi Carmen me espera..., me espera en balde!...

Cap. (Sale abatido exclamando.) ¡Está muerto! ¡He llegado tarde! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Alc. (Ve al Capellán y se adelanta á él, diciendo con desesperada súplica.) ¡Padre!

Cap. (Rechazándole suavemente.) No me toques con las manos manchadas de sangre..

Alc. ¡Me han pinchao tanto!..., que al fin..., ¡me he vuelto loco!...

Cap. (Abrazándole.) Tienes razón. ¡Pobre vencido!

Alc. (Llorando á sus plantas.) ¡Mi libertad!, ¡mi libertad! (Telón.)

FIN DEL DRAMA

Precio: DOS pesetas